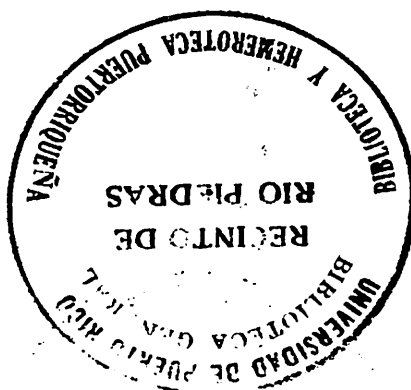


**POLEMICA**  
*sobre* **BOORSTIN**





# **POLEMICA**

*sobre* **BOORSTIN**



Editorial del  
Departamento de Instrucción Pública  
Estado Libre Asociado de Puerto Rico  
Serie III — MCMLVI — Núm. CXIV

Derechos de Publicación reservados por el  
Departamento de Instrucción Pública

1957

CPR

972.95

P764

Impreso en Puerto Rico

2A-10179

## INDICE

|                                                             | Pág. |
|-------------------------------------------------------------|------|
| ADVERTENCIA .. .. .                                         | 3    |
| AUTODESCUBRIMIENTO EN PUERTO RICO                           |      |
| Por Daniel J. Boorstin .. .. .                              | 5    |
| UN ABORTO DE DAN BOORSTIN                                   |      |
| Por Antonio Rivera .. .. .                                  | 19   |
| ¿BLANCO O NEGRO?                                            |      |
| Por Antonio J. Colorado .. .. .                             | 25   |
| INDICE CULTURAL — Comentarios a un ensayo sobre Puerto Rico |      |
| Por Nilita Vientós Gastón .. .. .                           | 31   |
| HAZAÑA PUERTORRIQUEÑA                                       |      |
| Por Adolfo de Hostos .. .. .                                | 39   |



1901-1902

10

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

1901-1902

## ADVERTENCIA

El señor Daniel J. Boorstin, miembro del Departamento de Historia de la Universidad de Chicago, estuvo de visita en Puerto Rico como Consultor del Centro de Investigaciones Sociales de nuestra Universidad. Tres meses permaneció el señor Boorstin entre nosotros y, al regresar a los Estados Unidos, publicó en la Revista de la Universidad de Yale un ensayo que tituló "Autodescubrimiento de Puerto Rico".

Los conceptos y las ideas expuestos por el señor Boorstin en el mencionado ensayo dieron origen a que varios escritores e historiadores puertorriqueños los rebatieran, por considerarlos erróneos y no ajustados a la verdad histórica.

Lo más sustancioso de esas publicaciones, así como el trabajo del propio señor Boorstin, se recoge en el presente folleto, que el Departamento de Instrucción Pública edita con ánimo de divulgar ideas, juicios y hechos de nuestro acontecer histórico y con el deseo de que sea de alguna utilidad para los estudiosos de la Historia y para todos aquellos que se preocupen por hallarle explicación racional al modo de vida y a las instituciones puertorriqueñas.

Los trabajos se insertan en el mismo orden cronológico en que fueron apareciendo en la prensa: *Autodescubrimiento de Puerto Rico*, por el Profesor Daniel J. Boorstin; *Un aborto de Dan Boorstin*, por el profesor Antonio Rivera; *¿Blanco o Negro?*, por el Dr. Antonio J. Colorado; *Comentarios a un Ensayo sobre Puerto Rico*, por la Lcda. Nilita Vientós Gastón; y *Hazaña Puertorriqueña*, por don Adolfo de Hostos. Además, esta disposición da mayor unidad al contenido total del folleto, facilitando al propio tiempo su lectura y su exacta interpretación.

Para la reproducción del trabajo del profesor Boorstin se obtuvo la debida autorización de la Revista de Yale y del periódico "El Mundo".

$\Delta$ 

1. The first step in the process of identifying a problem is to determine the nature of the problem. This involves a thorough understanding of the situation and the factors that are contributing to the problem. Once the nature of the problem is understood, the next step is to identify the causes of the problem. This involves a detailed analysis of the situation and the factors that are contributing to the problem. Once the causes of the problem are identified, the next step is to develop a plan of action. This involves determining the steps that need to be taken to solve the problem. Once a plan of action is developed, the next step is to implement the plan. This involves carrying out the steps that have been determined in the plan of action. Finally, the last step in the process is to evaluate the results of the plan. This involves determining whether the plan has been successful in solving the problem and whether any further action is needed.

[illegible]

1. The first step in the process is to identify the problem or issue that needs to be addressed. This involves gathering information and understanding the context of the problem.

## AUTODESCUBRIMIENTO EN PUERTO RICO

Por Daniel J. Boorstin

(Traducido y publicado mediante autorización especial de la Revista y la Editorial de la Universidad de Yale que se reserva los derechos de reproducción. El autor es miembro del Departamento de Historia de la Universidad de Chicago y recientemente visitó la Isla como consultor del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico.)

El despojar a un pueblo de sus derechos tradicionales lo despertará a la indignación y a la acción. Pero despojarlo de sus agravios tradicionales puede imponer un sentimiento de frustración y una pérdida de orientaciones. Ambas clases de descontento aparecen en la historia reciente de Puerto Rico. Desde la ocupación de la Isla por los americanos en 1898 hasta recientemente, sus habitantes tenían pocos poderes de gobierno propio, pero el novel arreglo legal que en 1952 creó el Estado Libre Asociado de Puerto Rico (Commonwealth) ha dado a la Isla un dominio casi ilimitado sobre sus asuntos internos. Este hecho, manifiesto para el sentido común, fué verdaderamente certificado por la Asamblea General de las Naciones Unidas (noviembre 27, 1953) cuando resolvió que Puerto Rico ya no habría de ser clasificado como un área sin gobierno propio o "dependiente". Creada fuera de los moldes familiares, la nueva fórmula de Estado Libre Asociado (Free Associated State) ha buscado satisfacer demandas estatales de autonomía sin romper el nexo con Estados Unidos. Eliminando muchos de los agravios políticos tradicionales de la Isla, el "arreglo" de Estado Libre Asociado ha requerido, claro está, una revisión radical de la tradicional imagen puertorriqueña de Estados Unidos. Sin embargo, fue en esa misma imagen que los puertorriqueños hacia tiempo habían encontrado el rasgo principal de lo que ellos eran en sí. Un resultado ha sido el vago pero creciente malestar entre los intelectuales de la Isla.

Este es sólo otro ejemplo de la infelicidad sufrida por un pueblo despojado súbitamente de sus antiguos agravios. Tomemos a los irlandeses desde la creación del Estado Libre. O considérese a aquellos judíos que, como encuentran en el antisemitismo un obstáculo para la propia realización de su ser como tales, se vuelven sionistas. Habiéndose establecido en Israel, donde *ex hyphotesis* el antisemitismo no puede existir, algunas veces se sienten igualmente frustrados. Sólo entonces descubren la manera tan pesada en que han descansado en el hecho o la creencia en el hecho de la discriminación.

Antes de la Revolución Americana, el pueblo de las Trece Colonias fue llevado a enojo por violación de lo que ellos creían ser sus derechos tradicionales como ingleses. Pero tuvieron la satisfacción de poder achacar

sus males económicos y políticos (algunos de los cuales en realidad habían sido causados por el mal tiempo o por indios hostiles) a las malvadas maquinaciones de un rey loco, sus ministros maquiavélicos y un Parlamento irresponsable. Una de las frustraciones bajo las cuales algunos de los principales revolucionarios americanos (como Sam Adams y Patrick Henry) sufrieron en los años posteriores a la separación de Gran Bretaña fue que ellos se habían privado de su opresor. Sus agravios los habían mantenido juntos de manera precaria durante la guerra y les habían brindado su orientación política por lo menos durante una década. Ahora tenían que descubrir, sin ayuda de Jorge III y sus ministros, lo que significaba ser americano.

Mucho más que los coloniales americanos antes de la Revolución, los puertorriqueños a través de los dos últimos siglos habían tomado su orientación intelectual de sus relaciones con sus opresores (reales o supuestos). Aún hoy, cada uno de los tres partidos políticos principales tiene que distinguirse principalmente por su posición ante el asunto del status adecuado de Puerto Rico en relación con Estados Unidos. La preocupación con este problema es mucho más profunda que lo que el observador casual adivinaría. No es exageración decir que casi todos los escritores y pensadores de más importancia de Puerto Rico se han preocupado por el problema del status — esto es, de la relación apropiada entre la Isla y su Madre Patria. Antes de 1898 el problema se orientaba hacia España; luego hacia Estados Unidos. La mayor parte de la herencia intelectual de Puerto Rico consiste, por lo tanto, de una miscelánea de polémicas, ensayos legales, oratoria política, poesía, reminiscencia y treno, todos girando alrededor del tema del status.

Podemos empezar a entender lo que esto significa para la vida intelectual de una comunidad si imaginamos que la Revolución Americana por alguna u otra razón no hubiese ocurrido, y la política americana por cerca de dos siglos hubiese continuado siendo un debate sobre el limitado asunto de la jurisdicción parlamentaria sobre la tributación. En ese caso, hoy en el Continente aún tendríamos un Partido de Tribucionistas Internos, un Partido de Tribucionistas Exteriores (creyendo que el Parlamento sólo podría imponer contribuciones al comercio exterior de las colonias), un Partido Pro Dominio y un Partido Pro Independencia. Esa ha sido la estructura de la política puertorriqueña.

Pero, como todo el mundo sabe, el curso del debate colonial americano se ensanchó entre 1765 y 1776; de la practicabilidad, legalidad, o justicia de una ley en particular a los mayores problemas constitucionales. Esto significó que aunque la Revolución marcó, claro está, una escisión decisiva en las relaciones legales entre las colonias americanas y Gran Bretaña, no hubo discontinuidad significativa en el pensamiento político americano. Muchos de los asuntos que habían preocupado a Franklin y Jefferson y a Pendleton y John Adams durante la Revolución, siguieron siendo discutidos en la Convención Constitucional de 1787, persistieron dentro de las

controversias Republicano-Federalistas de los primeros años de la nueva Nación y verdaderamente se convirtieron en puntos centrales de controversia en la Guerra Civil. Algunos dirían que éstos aún son los tópicos sobre los cuales Demócratas y Republicanos están en desacuerdo. La Revolución Americana fue por lo tanto un suceso seminal: los preliminares intelectuales de la Revolución brindaron una amplia (pero no demasiado grande ni demasiado vaga) arena de debate político para las décadas por venir.

El pensamiento de los estadistas e intelectuales puertorriqueños, sin embargo, nunca se extendió fructíferamente del específico problema del estatus a la naturaleza de las constituciones y federaciones como lo hizo el pensamiento americano entre alrededor de 1760 y 1787. Es difícil leer a las principales figuras del pensamiento político puertorriqueño — hombres como Muñoz Rivera y Pedreira — sin sorprenderse de lo poco que han tenido que decir sobre las grandes cuestiones de la teoría política. No han inquirido ampliamente dentro del compacto social, el carácter del federalismo o la naturaleza de los derechos humanos; ni (con la posible excepción de Hostos han contribuido significativamente a la historia constitucional española o americana. Profundamente preocupados con el status puertorriqueño, no habían podido colocarlo en una armazón amplia. Por esa razón, la creación del Estado Libre Asociado de 1952 (que eliminó muchas de las causas de agravios sobre el status) disolvió gran parte de la materia tradicional de su pensamiento político.

Por su misma adhesión al arreglo del 1952, el Partido Popular Democrático del actual Gobernador, Muñoz Marín, ha indicado que no se inclina a seguir recorriendo el trillado curso del pensamiento político puertorriqueño, aunque sin abandonar verdaderamente la cuestión del status. El partido del Gobernador aún cuenta con muchos miembros de sentimientos independentistas; y el Partido ha conservado el marcado enfoque tradicional y el limitado punto de vista de la política puertorriqueña pero los ha convertido en una virtud fijando su atención ahora en problemas que afectan más el nivel de vida.

Mientras tanto, los dos partidos de minoría (los independentistas y los republicanos o estadistas) que juntos sólo obtuvieron el 35 por ciento del voto popular en las últimas elecciones, han seguido siendo herederos de la preocupación tradicional de la política puertorriqueña. Esto crearía problemas a cualquier líder político y particularmente a uno tan sensitivo como el Gobernador. No es sorprendente entonces que recientemente él haya trasladado el problema del status de términos políticos a términos culturales.

De acuerdo con las manifestaciones públicas del Gobernador, las relaciones políticas de la Isla con Estados Unidos no requerirán por largo tiempo la revisión básica del compacto del Estado Libre Asociado. Sus programas de bienestar y fomento presuponen su preservación. Sin em-

bargo, como el Gobernador señala cuidadosamente, el progreso industrial y la asimilación a Estados Unidos crean un nuevo problema de status cultural.

El gobernador Luis Muñoz Marín es una notable combinación de poeta y pragmatista. Lo que lo distingue entre los líderes políticos del mundo de hoy — y lo califica como una especie de Winston Churchill del Caribe — es que posee una percepción tanto para aquellos inefables elementos tradicionales que deben ser expresados poéticamente como para aquellas necesidades diarias de un pueblo que pueden ser resumidas en dólares y centavos.

Para él, el status como una cuestión política por algunos años ha estado perdiendo interés; carece tanto de sugestividad espiritual como de utilidad práctica. En 1936, cuando había sido expulsado del Partido Liberal Puertorriqueño por sus puntos de vista independentistas, se retiró de la política a la vida campestre por dos años más o menos.

Aprendió entonces de los jíbaros con quienes convivió, que el puertorriqueño corriente, aunque indiferente al gastado asunto del status político, estaba intensamente interesado en el bienestar social y económico. Desde entonces Muñoz Marín ha ascendido políticamente con lemas y programas de mejora social.

Al mismo tiempo, el Gobernador está genuinamente preocupado con el problema de lo que realmente significa ser un puertorriqueño. Cambios sociales y económicos dramatizan el problema. Estos son, en su mayor parte, consecuencias de la industrialización que para esta Isla ha querido decir americanización. Muchos miembros de la creciente clase media en San Juan viven en reproducciones de suburbios de Miami, como Baldrich, Caparra Heights o Garden Hills. El visitante a uno de estos suburbios es recibido por un rótulo anunciando el sitio de la reunión semanal del Club Rotario y otro (auspicio del Club de Leones) solicitando: Drive Slow: We Love Our Children". Residentes debidamente calificados pueden unirse a un "country club" de tipo continental.

Equipan sus hogares con refrigeradoras, aparatos de reproducción musical de alta fidelidad, aire acondicionado y receptores de televisión en los cuales la familia ve el programa "I Love Lucy" todos los lunes por la noche. Un impresionante número de Cadillacs en colores salmón, rosa y malva demuestran que las especies se han aclimatado al trópico. El inglés, claro está, es la lengua franca. Si un visitante continental trata de halagar a un residente hablando español vacilante, esto probablemente se interprete como una crítica al inglés del que escucha y por lo tanto, de su posición social.

En esas urbanizaciones solamente los sirvientes no hablan inglés. Las revistas en las mesas de la sala incluyen a Time, Collier's, The Saturday Evening Post, House Beautiful y Mademoiselle (todas en inglés).

El Gobernador, tan cabalmente americano como puertorriqueño, es ejemplo típico de un armonioso dualismo cultural. Sin embargo, su propia ascensión al poder es un símbolo de autonomía puertorriqueña, una especie

de afirmación de la personalidad puertorriqueña. ¿Puede culpársele, entonces, si se siente perturbado al ver a los puertorriqueños ellos mismos en una forma tan poco puertorriqueña? ¿Qué, se pregunta, son los puertorriqueños en sí y para ellos? Busca desesperadamente algún sabor nativo, alguna fuerza de resistencia, para evitar que la Isla se convierta en un mero receptáculo de cultura importada.

Pero, ¿cuáles son los recursos con los que se puede crear un carácter nativo en Puerto Rico? De los lugares comunes de la historia moderna se puede hacer una lista de factores que a menudo han ayudado a las comunidades al logro de un vivaz y vigoroso carácter nacional.

Estos incluirían: (1) pequeñez geográfica (o fronteras naturales), ilustrada por los ingleses, los suizos o los suecos; (2) un panorama típico (preferiblemente distinto al de sus vecinos cercanos), ilustrado por la insularidad de Inglaterra, la montañsidad de Suiza, la acuosidad de los Países Bajos; (3) una historia rica y típica, ilustrada por el caudal de drama y aventura de las ciudades estados italianas o el carácter pintoresco pero unidireccional de la historia de Estados Unidos; (4) larga asociación a una comunidad de naciones, ilustrada por los países escandinavos o partes de la Mancomunidad Británica.

Puerto Rico no posee ninguna de estas ayudas gratuitas para el autodescubrimiento comunal, con la excepción de pequeñez geográfica. La igualdad geográfica y climática de las Antillas ha perseguido a todas estas islas en su búsqueda de identidades separadas. Donde la insularidad es universal, ni una sola comunidad posee ventaja distintiva en ser una isla.

Quizás en ninguna otra parte del mundo las comunidades políticas vecinas sean tan poco complementarias desde el punto de vista económico o cultural. Tienen las mismas cosechas; alguien ha dicho que nada tienen para exportarse mutuamente excepto sus enfermedades. Sería difícil encontrar cualquier otra región donde los vecinos geográficos parezcan tan remotos; porque mutuamente se ven no directamente sino en los distantes espejos de Nueva York, Londres, París y Amsterdam.

En los días de los bucaneros, Puerto Rico y sus vecinos eran una comunidad natural de guerra y explotación mutua; en los días precolombinos probablemente fueron recorridas por las mismas tribus indias. Pero en los siglos recientes una desgraciada serie de circunstancias ha privado a Puerto Rico de sus vecinos naturales — e incidentalmente de aquellas ayudas al autodescubrimiento que muchas naciones encuentran en comunidades cercanas con las cuales pueden compararse. Puerto Rico carece de la población predominante negra de sus vecinos del Caribe; esto lo ha privado del sentido del nuevo despertar racial que ha inspirado a los negros en algunas partes del mundo. Los hechos brutales, por lo tanto, parecerían sostener el pesimismo del escritor español del siglo XIX que describió a Puerto Rico como "el cadáver de una sociedad que nunca ha nacido."

Este amargo comentario, claro está, es una calumnia al espíritu vital del Puerto Rico contemporáneo. Aun el que va de visita allí por breve tiempo no puede dejar de captar la aceleración de la vida económica y social. Pero la calumnia del siglo XIX aún podría ser parafraseada para describir con exactitud al considerable número de intelectuales puertorriqueños que con ciego entusiasmo pomposo buscan el renacimiento de una cultura que en primer lugar nunca existió.

Claro está, los literatos en todas partes prefieren lo que se ha hecho accesible en las nítidas páginas de libros y en obras de arte al revoloteo de la vida que los rodea. En Puerto Rico en estos días, por lo tanto, ellos tratan de recrear su pasado en la imagen familiar de las ricas culturas de Europa.

A través del Ateneo (academia de artes y letras de Puerto Rico) y de la Prensa diaria, y de muchas otras maneras, buscan descubrir ("inventar" sería más exacto) una Alta Cultura Puertorriqueña, completa con poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores. Coleccionando santos (pequeñas imágenes religiosas talladas en madera o modeladas en yeso por artistas aficionados para uso doméstico), creando un aura de romanticismo alrededor de la imagen del jíbaro y estimulando las artes de la alfarería y la aguja tratan de evocar una rica cultura folklórica.

A la larga, los resultados de este doble esfuerzo probablemente no engañen a nadie. No convencerán ni a los puertorriqueños ni a otros de que la Isla posee un carácter propio.

Para aprovechar lo más posible sus encantos naturales, el pueblo de Puerto Rico tiene que descubrir, enfrentarse y hasta aceptar sus limitaciones.

En ninguna área es esto más importante que en relación con su pasado. Sin embargo, aquí, menos que nada, los intelectuales puertorriqueños no han estado dispuestos a enfrentarse a los hechos escuetos. Un visitante académico no puede dejar de asombrarse por la presunción (más exactamente descrita como un artículo de fe patriótica) de que Puerto Rico posee un "pasado glorioso" — o por lo menos una historia vastamente rica, interesante e instructiva.

Entre la clase literaria uno escucha a menudo el lamento de que nunca ha habido una Historia de Puerto Rico artísticamente de primera clase, erudita y amplia. Esto se ha convertido en una especie de acusación que por su propia evidencia se supone que remache el argumento, contra la Universidad de Puerto Rico. Mientras tanto, en la propia Universidad uno encuentra entre historiadores una preocupación casi patológica con la historia de Puerto Rico, que está por convertirse en una de las más florecientes industrias académicas en la Isla.

En muchos colegios de la Universidad se exige un extenso curso de historia de Puerto Rico y el mismo atrae una de las matrículas más grandes. Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son "especialistas" en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico. A

pesar de esto los críticos de la Universidad lamentan su falta de atención al pasado local; y los profesores prometen hacer aún más con la historia de Puerto Rico en el futuro.

Esta miopía comunal proviene de una simple suposición incontestada. Como los ingleses, los franceses y los españoles han encontrado un lisonjero espejo de carácter nacional en su pasado épico, los puertorriqueños (que "ex-hypothesis" tienen un carácter nacional) también tienen que tener ese espejo. Pero en su fervor por hacerse interesante inflando su pasado, los puertorriqueños se han inclinado a pasar por alto (o hasta negar) algunas de sus peculiaridades que en realidad puede que sean ventajas.

Una de las más claras de éstas es que Puerto Rico es un país con un largo pasado pero una corta historia. Cualquier historiador que estudie el pasado puertorriqueño como una narración de hombres e instituciones comparables a los de Francia, Inglaterra, Holanda, Japón e Israel no puede honradamente aducir que sea particularmente memorable.

La historia de Puerto Rico carece hasta de una sola revolución o guerra civil de intenso drama o decisiva significación. Su historia cultural ha producido pocos monumentos (con la notable excepción de la fortaleza de El Morro). Su historia institucional ha producido pocos fenómenos notables. Algunas explicaciones, claro está, son obvias. Como Puerto Rico fue por largo tiempo una colonia, la mayor parte de su historia se desarrolló en Madrid, Londres y Washington.

La pequeñez y homogeneidad geográfica de la Isla han significado que ésta ha carecido del conflicto dramático interno encontrado en otras comunidades más grandes y variadas. Su insularidad la ha preservado del flujo y reflujo a través de las fronteras que ha enriquecido la historia de las naciones continentales.

El hecho seductor es que a pesar de su espectacularmente rala historia, Puerto Rico tiene (por lo menos desde un punto de vista europeo) uno de los más largos pasados de cualquier parte del Nuevo Mundo. Colón desembarcó allí; San Juan era una colonia europea a principios del siglo XVI. En esta paradoja existe el peligro de que los puertorriqueños se sientan tentados a esperar demasiado de su historia, llegando a la festinada conclusión, por su extensión cronológica, de que pueden encontrar en ella los mismos recursos que otros países han encontrado.

Inglaterra, Francia e Italia, por ejemplo, tienen historias impresionantemente largas e impresionantemente ricas; Estados Unidos, una historia rica y llena de sucesos apretujada en un corto período de años pero extendida sobre una gran extensión geográfica.

Muchas otras partes del mundo, como India y China, tenían un caudal de historia antes de que fuesen vistas por ojos europeos. Pero los puertorriqueños están casados con un panorama histórico ralo. Harían mejor en descubrir las virtudes peculiares de ese panorama más bien que codiciar encantos que no son legítimamente suyos.

Algunas de estas ventajas aparecerán en alto relieve sobre la vida de otra comunidad mucho más grande que como Puerto Rico sufre tanto de sobrepoblación y de falta de recursos naturales. Italia padece no solamente de estos males sino que también de una sensación de insuficiencia contemporánea, por una rigidez en afrontar sus problemas sociales y por una política excesivamente ideológica — todo lo cual está relacionado con su historia embarazosamente rica. ¿Dónde puede uno igualar la herencia cultural de los italianos, desde la antigua etrusca pasando por la romana, medieval, papal y el Renacimiento, hasta la liberal moderna? Esta riqueza ha ayudado a los italianos, claro está, a pesar de ellos mismos. Pero ha tenido sus tentaciones. Mussolini se pavoneó en la toga de César. Aún hoy muchos italianos buscan a tientas y sin designio en las sombras de su gran pasado.

Mientras que el pasado es un magnífico palacio de muchas cámaras preparado para todas las generaciones posteriores, también puede ser una prisión de muchas celdas. Los mismos monumentos que hacen de Italia el más grande museo del mundo tientan al italiano actual a adoptar normas apabullantes y obsoletas en cuanto a su autovaloración. Hoy en día los italianos se inclinan a recorrer la gama de viejas soluciones para problemas nuevos o a asumir que los problemas no tienen solución. Pero la época requiere una imaginación liberada.

Cualquiera que vaya de Italia a Puerto Rico difícilmente puede dejar de ver que la falta de historia de la Isla puede ser una ventaja natural. Sin tener el impedimento del bagaje de un magnífico pasado, los puertorriqueños pueden descubrir grandeza mejorando el presente. Y sin ese resentimiento característico de las naciones que han surgido de revoluciones destructoras o que han conocido tiempos mejores, ellos pueden abrir sus ventanas al futuro.

Si cambiamos de la orientación general de la vida de la comunidad al vocabulario de la política, encontramos similares ventajas fortuitas en la actual situación puertorriqueña. Ese aprisionamiento del pensamiento político puertorriqueño dentro del problema del status, que ya hemos señalado, ha sido él mismo, claro está, un síntoma de lo tenue de la historia puertorriqueña.

Si la Isla hubiese tenido su parte completa de idealismo turbulento, golpes de estado, revoluciones sangrientas, destructoras guerras civiles, despiadadas invasiones extranjeras (y los demás capítulos familiares de las naciones europeas) quizás hubiese adquirido un vocabulario político más grandioso y metafísico. La antítesis con Italia es nuevamente iluminadora, porque en este particular también Puerto Rico e Italia son polos opuestos.

La política italiana es un pantano de ideología. No se tienen dificultades al tratar de que un político italiano o un universitario describa la Buena Sociedad: hablará en bellas abstracciones a la vez que señalará hacia pináculos de brillo remoto. Pero se mostrará reticente o indiferente

ante la mirada de detalles (tarifa, seguro social, contribuciones, etcétera) que son la vida diaria de un pueblo. ¡Qué diferente es Puerto Rico! Aquí los políticos sí son específicos.

Recientemente el Partido Popular Democrático ha encauzado el debate político hacia los más concretos problemas económicos y sociales: seguro social, industrialización, alfabetización, enfermedades y nutrición. Aún los partidos de minoría están orientados hacia objetivos limitados: favoreciendo el Partido Republicano (o Estadista) la estadidad dentro de Estados Unidos y el Partido Independentista buscando la independencia política.

Si el problema del status ha sido una prisión que han mantenido a los pensadores políticos lejos de los vigorizantes vientos doctrinarios que soplan en el exterior, también los ha protegido de la vaciedad de la política metafísica y de los políticos metafísicos. Hoy Puerto Rico está cosechando beneficios inesperados porque sus anteriores pensadores políticos no entraron en la ilimitada arena de la especulación filosófica.

Hoy día no es poca ventaja que el político puertorriqueño esté acostumbrado a pensar específicamente aun cuando algunas veces se ha inclinado a pensar mezquinamente. Los políticos puertorriqueños contemporáneos son un espectáculo estimulante de gente que lucha con sus principales problemas. Hay que mirar largo e intensamente en la Isla para encontrar a alguien encantado con los espejismos del fascismo, comunismo, monarquismo, socialismo o el ideal de una Sociedad Cristiana.

En el Continente de Europa en estos días, el caso es lo contrario; allí hasta la democracia ha perdido su sabor de transacción y se ha convertido en una especie de castillo en el aire. Los partidos políticos italianos o franceses son un pobre esfuerzo por continuar numerosas revoluciones incompletas dentro del marco de la vida política pacífica. Pero en Puerto Rico, con su casi desnudo pasado político los principales estadistas nada encuentran más interesante que el presente — a menos que sea el futuro.

El obstáculo principal encontrado por una comunidad como Puerto Rico en su búsqueda de un carácter distintivo que se respete a sí mismo es su tendencia a juzgarse utilizando normas abstractas y absolutas. Esta es, claro está, la paradoja del nacionalismo moderno: naciones que conscientemente buscan su alma, a menudo tratan de modelarse siguiendo una quimera de "grandes culturas" pasadas.

Pero el gran recurso del respeto propio de la comunidad no es la grande y noble aspiración; más bien es el hecho específico y distintivo. Para un pueblo, el descubrir la utilidad de una de sus limitaciones naturales vale una docena de himnos patrióticos.

Las ventajas de este punto de vista en ninguna parte aparecen tan claramente como en el caso de Puerto Rico. Porque si es pobre en el repertorio familiar de las naciones europeas, puede tener un pequeño y respetable repertorio propio. Trataré de ofrecer una sugestión de cómo algunas características de la vida puertorriqueña contemporánea podrían

ser vistas no como obstáculos a su asimilación al patrón de “grandes naciones” sino como oportunidades posiblemente únicas. La lista podría extenderse indefinidamente; mis puntos sólo intentan ser sugestivos.

(1) Bilingüismo. En todas partes en Puerto Rico uno escucha hablar sobre “el problema del idioma”. La doble exigencia de dos idiomas ha creado una carga a muchos puertorriqueños, especialmente a aquellos que por muchos años sufrieron bajo el requisito legal de que el inglés fuese el primer idioma en las escuelas. Algunos puertorriqueños que apenas sabían inglés se veían forzados a aprender aritmética, geografía y ciencia en ese idioma, están comprensiblemente resentidos.

Sólo recientemente el Gobernador expresó su temor de que la presión de aprender dos idiomas había hecho a los isleños no bilingües sino “semi-lingües en dos idiomas”. Este es el “problema del idioma”. Pero esta situación puertorriqueña puede ser vista de otra manera. El que visita la Isla, se sorprende por el notable bilingüismo de la clase media puertorriqueña; en la Universidad de Puerto Rico, por ejemplo, la Facultad nativa habla ambos idiomas, inglés y español. Los miembros de la clase media puertorriqueña, pueden hacerse entender asombrosamente bien en inglés idiomático. Quizás en ninguna otra parte en las Américas y en pocas partes de Europa una proporción tan grande de las clases dirigentes se encuentre tan en su casa en dos idiomas. Esto ofrece una novel oportunidad, aunque los nacionalistas puertorriqueños persisten en verlo casi exclusivamente como un problema.

Los cánones del nacionalismo abstracto e imitativo requieren, claro está, que cada nación tenga su idioma “puro”. Recientemente las Filipinas se crearon problemas al adoptar el tagalog para probar su identidad nacional. Afortunadamente, Puerto Rico no posee una lengua nativa sobreviviente. Pero presumiblemente su idioma es el español de la misma manera que para los irlandeses libres es el gaélico y para Israel el hebreo.

La fútil aspiración del purismo lingüístico fue estimulada por el Gobernador en su reciente discurso (diciembre 29, 1953) a la Asociación de Maestros en que atacó la actual “corrupción” del español. Un anuncio Agapito's Bar, que descubrió en una remota población puertorriqueña, le sirvió de simbolismo de la creciente inclinación a valerse de palabras en inglés en lugar de seguir usando el español puro. “El idioma es la respiración del espíritu”, dijo. “No permitamos que nuestra respiración se vuelva asmática. Con asma no podemos subir jalda arriba”. La Academia Puertorriqueña de la Lengua Española (encabezada por el Presidente del Senado insular) ahora está emprendiendo un nuevo programa para conservar la pureza de la lengua madre.

Mientras tanto, se busca a puertorriqueños preparados para empleos importantes a través de la América Latina — no porque hablen español literario o inglés literario sino porque poseen un extraordinario dominio

idiomático de ambos. No es una rara oportunidad buena el que una Isla tan pequeña con tan poca historia y literatura propia sea bendecida con avenidas lingüísticas a una parte tan grande del resto del mundo.

¿Por qué tienen los puertorriqueños que lamentarse de que no pueden hacer del idioma el vehículo de una literatura "pura" cuando están peculiarmente bien situados para utilizarla de otras formas?

(2) La familia de parentesco extendido — El alto porcentaje de crecimiento poblacional es, claro está, uno de los principales obstáculos al rápido progreso económico de la Isla. Un elemento importante que estimula la procreación de numerosos hijos es el carácter especial de la familia puertorriqueña. Esto es lo que los sociólogos llaman "la familia de parentesco extendido", basada en la fuerza del lazo sanguíneo y en la idea de que un hombre mantiene una reclamación sobre otro simplemente porque es su pariente. Con cada nuevo hijo un padre suma capital (que puede ser compuesto) para proveer para su ancianidad.

Las consecuencias de esta institución son de largo alcance y no pueden ser expresadas únicamente en estadísticas demográficas. Por algún tiempo ha existido en la Isla la tendencia a hacer hincapié sólo en sus males. Mientras tanto, el programa de desarrollo industrial de Fomento y la reciente emigración al Continente han aumentado la movilidad y han hecho más difícil la supervivencia de la familia de tipo antiguo.

Hay, sin embargo, muchas virtudes características en la familia tradicional puertorriqueña. La más importante, quizás, es que provee al niño un sentido de que pertenece (como uno de los más hábiles estudiantes de la familia puertorriqueña ha observado); se le considera por quién es, en lugar de por lo que es. Los miembros del antiguo grupo de parentesco eran considerados sin dar importancia a sus habilidades especiales y promesa mundana; lo importante era ser miembro.

Quizás esto dejaba de proveer fuertes presiones hacia el logro del éxito mundano. Pero alimentaba una actitud característicamente democrática: no importa que fuera cojo, ciego, rico, pobre, brillante o torpe, cada persona valía simplemente porque era él. La familia de parentesco extendido de esa manera ha ayudado a inocular a la gente de la Isla contra algunos de los peores excesos de la filosofía industrial de la supervivencia del más apto.

En una comunidad que nunca ha sido rica y que tiene que encararse a una magra economía en décadas por venir, la sensación de seguridad personal, dignidad y valor innato fomentados por esta institución puede ser incalculable.

Probablemente esta institución es la que hace reales las nociones de serenidad y dignidad tantas veces elogiadas por patriotas puertorriqueños. Quizás, también, la cortesía y generosidad que el extranjero encuentra en

Puerto Rico de alguna manera están relacionadas con la disposición de la gente a extender sus patrones de parentesco a un círculo mayor de vecinos y visitantes.

(3) La Posición de la Mujer en la Vida Pública — Entre los más interesantes ejemplos de autodescrédito, o la disposición de los isleños de fundir sus virtudes en un molde extranjero, está su actitud hacia la posición de las mujeres. Cualquiera que vaya a la Isla desde Estados Unidos continentales no puede dejar de sorprenderse del número de mujeres notables en su vida pública. Allí están doña Felisa Rincón de Gautier (la eficaz Alcaldesa de San Juan) y otras cuatro alcaldesas de un total insular de 76. Hay dos damas senadoras (de 32) y dos representantes (de 64). Está la señorita Nilita Vientós Gastón, la vívida presidenta del Ateneo; y la impresionante y numerosa Facultad femenina de la Universidad de Puerto Rico.

Estas mujeres parecen tener más éxito en conservar su atractiva femineidad que muchas de sus compañeras en Estados Unidos continentales. Las damas principales de la vida pública puertorriqueña desempeñan un papel distintivamente diferente del de la "mujer de carrera" americana.

Sin embargo les agrada colocarse dentro de la tradición de Mary Wollstonecraft, John Stuart Mill y las sufragistas americanas. El liberalismo europeo, dicen ellas, ha llevado a todas partes (como a Puerto Rico) la creencia en la igualdad de las mujeres.

Pero, ¿no estará el lugar mantenido por la mujer en la vida pública de la Isla relacionado de alguna manera con las características de la familia local y las instituciones del parentesco? Tal vez la "igualdad" de las mujeres puertorriqueñas es menos análoga a aquélla por la que aboga el liberalismo occidental que a la de las mujeres de India. Quizás la familia puertorriqueña — al igual que la india — hace tiempo ha creado dentro de ella una especie de posición directriz retadora, extensa y responsable para la esposa que puede ser fácilmente trasladada a una comunidad mayor. ¿No tendrá Puerto Rico entonces una oportunidad única de conservar muchos valores de una antigua organización de familia dentro de los noveles contextos de la democracia y la industrialización?

(4) Instituciones Políticas Estilo Puertorriqueño. — El status de Estado Libre Asociado es, claro está, un inspirado ejemplo de éxito en proveer nuevas soluciones para nuevos problemas. Pero sin intentarlo, y quizás sin desearlo, la Isla ha producido otras notables novedades políticas.

Tómese, por ejemplo, la particular actitud hacia la planificación. Tal vez nada engañe más que la frecuente referencia a la política puertorriqueña contemporánea como una perpetuación del Nuevo Trato. En Estados Unidos continentales hace tiempo hemos dado por sentado que ninguna parte de la economía debe ser planeada sin una justificación especial como la defensa nacional o una emergencia económica.

Tenemos una fuerte justificación histórica para nuestra actitud: ha sido el juego libre del propio interés y de la empresa privada en nuestro Continente fantásticamente rico lo que ha producido niveles de bienestar humano y progreso industrial sin precedentes.

Pero el pueblo de Puerto Rico ha tenido mucho menos razón para poner su fe en el libre juego de la ambición privada. En un país donde el hacerse rico de la noche a la mañana ha sido un mito (excepto en la lotería del Gobierno) y donde cada treinta años más o menos huracanes extravagantemente devastadores destruyen casas y cosechas, la gente es más receptiva a las ventajas de la planificación. Al mismo tiempo, actitudes socialistas doctrinarias hacia la planificación así como hacia otros problemas políticos, han tenido muy poca acogida.

Al principio, el Partido Socialista de la Isla tenía un vago aroma marxista pero durante la mayor parte de su vida no muy próspera, sus líderes estaban preocupados con el problema del status. Para todo propósito práctico el Partido Socialista ha dejado de existir porque su candidato a Gobernador en 1952 sólo obtuvo tres por ciento del diez por ciento requerido de un partido para mantener su posición legal.

El actual Gobierno no es ni socialista ni antisocialista; simplemente ha demostrado disposición a planear o a no planear según la ocasión lo ha exigido. Ha estado dispuesto a probar la posesión gubernamental en casos limitados donde parecía temporalmente necesaria; pero ha estado igualmente dispuesto a abandonar los experimentos en posesión gubernamental cuando ya no parecían necesarios. En Puerto Rico, entonces, la planificación no se ve ni como una desviación de emergencia de una ortodoxia de "laissez-faire" ni como una ortodoxia en sí, sino simplemente como un expediente político entre muchos otros. El programa que ha tenido como resultado posee un sabor muy particular.

(5) Estados Unidos como Frontera Puertorriqueña y Viceversa. — Puerto Rico sigue siendo una de las pocas áreas desde donde la gente puede emigrar libremente a Estados Unidos. Esto no solamente provee una frontera de oportunidad económica, un canal para la población y la energía, sino que también puede tener (y ya está teniendo) un amplio efecto en la Isla misma, dándole la ventaja del libre intercambio con una comunidad más grande y más avanzada y reteniendo a la vez muchas de las ventajas de la pequeñez y la insularidad.

Paradójicamente, Estados Unidos se ha convertido en una especie de "colonia" de Puerto Rico, no sólo como salida para su exceso de población sino que también como fuente de materia prima para muchas de las nuevas industrias de la Isla.

Esto, junto con el hecho más conocido de que Puerto Rico es una "frontera" para el capital continental (y población) coloca a la Isla en la nueva posición de poseer simultáneamente las ventajas de ser tanto una "colonia" como una "madre patria".

En Puerto Rico existe una creciente conciencia comunal, un impulso hacia el autodescubrimiento. Algunas veces parece una especie de "Weltschmerz" adolescente. Allí como en otras partes, las clases literarias poseen un terrible poder para imponer un malestar sin objetivo a la comunidad. Pero si pueden guiar a la Isla a su autodefinición por líneas empíricas particularistas, pueden impedir la búsqueda ociosa del yo basada en falsos paralelos con otros países y en normas prestadas de autorealización.

Esa búsqueda está llamada a ser estéril y a aumentar la frustración innecesaria de la ya insegura comunidad. Su verdadero papel es ayudar a la comunidad a encontrarse a sí misma, pero no llevando a cabo una ardua búsqueda de Cultura sino ayudando a sus compatriotas a descubrir y desarrollar los recursos sociales que son innatos del país.

(Reproducido de El Mundo)

## UN ABORTO DE DAN BOORSTIN

Por Antonio Rivera

(Profesor de Historia de Puerto Rico en la Universidad)

Recae sobre mí, como miembro antiguo del actual personal de la Facultad que enseña "Historia de Puerto Rico", extender una palabra de reconocimiento al señor Daniel J. Boorstin, por su artículo de diciembre (1955) en la Revista de Yale, titulado "Autodescubrimiento en Puerto Rico". Además, me impulsa un buen deseo de evitar indebidas recriminaciones *sotto voce*, como también las que ya están apareciendo en mimeógrafo para "circulación limitada", y en nuestra Prensa local. Es evidente que el señor Boorstin merece crédito como un amistoso pionero y un abre caminos en este nuevo campo de la exploración y el descubrimiento.

Nuestro conocimiento de aquella conocida irrisión quijotesca que consistía en convertir mentalmente unos molinos de viento en gigantes enemigos, no nos había impedido entregarnos a imaginar montañas donde sólo existen toperas. No veo, sin embargo, por qué hayamos de dejar que la delicadeza de nuestros sentimientos se sienta enfurecida por palabras que, argumentando amistosamente, puede demostrarse que corresponden a una interpretación caprichosa de la historia.

También resulta perfectamente concebible que esta "tempestad en un vaso de agua" pueda aportar encubiertas bendiciones si aceptamos sus ideas como uno de esos retos que obligan a pensar. Yo propongo que esquivemos el falso heroísmo común a los teatrales "desfacedores de entuer-tos". Y como no nos atrevemos a parecer desconcertados ante la opinión pública ilustrada, evitemos el enojo o el resentimiento.

Superfluo es decir que no intentaremos examinar aquellos tópicos de su exposición que no entran dentro de nuestras lógicas predilecciones profesionales. Mas como Mr. Boorstin cubre su afán por nuestro "autodescubrimiento" con revestimientos noveleros que se basan en una confusión histórica y en conceptos inadecuados, a nosotros nos incumbe ser cautelosos, aún a riesgos de que se nos tilde de reaccionarios.

Esta confusión aparece hasta en la superficie cuando uno lee su afirmación dogmática de que la pérdida de motivos de queja es una causa de nuestras desilusiones y frustración. Cae de su peso que Mr. Boorstin es absolutamente lego en materia de naturaleza humana puertorriqueña. Creo también que es incapaz de reconocer las pautas de la historia puertorri-

queña, aunque posea el aprecio de meritorias autoridades en otros campos del saber.

El sugiere que Puerto Rico ha llegado a ser la poética y “Hermosa Isla de Alguna Parte” — ¿un país sin motivos de queja? ¿Alguien lo habrá hipnotizado hasta inculcarle la apocalíptica visión de aquella Ciudad Santa a la que “Dios ha secado las lágrimas, y que no necesita de la luna o las estrellas por la noche, ni de la luz solar de día”? Si es así, tenemos el derecho de preguntar: ¿desde cuándo ocurrió todo eso? Más aún, ¿desde cuándo nosotros los puertorriqueños hemos perdido nuestro arte y destreza para discernir nuevos motivos de queja cuando ya los viejos se habían desvanecido? No; Mr. Boorstin ha interpretado erróneamente, sin duda, el alcance de su propio pensar movido por el deseo, o bien dado por sentadas demasiadas cosas. El Nirvana o la “Nueva Jerusalén” siguen estando ocultos detrás de inciertos horizontes. Y aun cuando los “slogans” o los planes de la hora actual exhiban un dinámico programa de acción en nuestro seno, y una fe robusta engendra en nosotros capacidad y voluntad para hacer frente a nuestros problemas, no olvidemos el hecho de que su contexto y primeros planos siguen indicando que hay agravios por reparar.

Es forzoso que estemos en desacuerdo con su aserto hábil aunque no impecable de que nosotros tenemos “un largo pasado pero una corta historia”. Para predicar su tesis de “autodescubrimiento en Puerto Rico”, él se basa ciertamente en la premisa *sine qua non* de que el tiempo ha avanzado dentro de un vacío histórico.

Nosotros, empero, creemos que el tiempo y la historia son inseparables y guardan proporción. Mantenemos como igualmente cierto que las dimensiones temporales de la historia incluyen profundidad y altitud a la vez que extensión longitudinal. Y pertenece a la categoría de los truismos, además, que la trama del tejido histórico debe apreciarse por la calidad de su esencia, más bien que por los avíos cuantitativos.

Porque viene al caso, y por tratarse de algo pertinente, pongamos en contraste el problema de la esclavitud en los Estados Unidos y en Puerto Rico. Allá el problema empezó en 1619, es decir, un siglo completo más tarde que nuestro problema; pero permanece sin solución, pues en el momento de escribir estas líneas muchas cosas pueden esperarse del anuncio de que doce estados se hallan dispuestos a embestir contra la decente convivencia racial. Entre 1619 y 1956, la cuestión de la esclavitud convirtiéndose en asunto de controversia en la Declaración de la Independencia y penetró también en la cláusula tres quintos de la Constitución de Estados Unidos. También produjo memorables episodios como el Compromiso de Misurí la ley Kansas-Nebraska, y la decisión de la Corte Suprema en el caso Dred Scott. La cuestión adquirió tal importancia, que hasta brindó al público lector “La Cabaña del Tío Tom”, un gran éxito de librería. Hubo también maniobras que hicieron surgir a la existencia un “Partido del Suelo Libre”; y una costosa guerra civil de cinco años convirtió a la “tierra de los libres” en mortífero holocausto. Luego vino un “período de reconstrucción” aún

no terminado. Pero, intercalados con todos esos episodios, un sinnúmero de encuentros civiles e inciviles han hecho compañía a los gloriosos nombres y cuerpos de John Brown y del presidente mártir.

Ahora bien, nosotros aquí en Puerto Rico debemos consolarnos con una muestra más humilde. No obstante nuestro más largo pasado, carecemos de tan importante atavío de páginas históricas. La de ellos es una larga historia dentro de un pasado más corto, mientras el nuestro es un largo pasado con un relato escueto. ¿Pero por qué habría de avergonzarnos la mayor ventaja que obra en crédito nuestro? Sigue siendo verdadero que “la cualidad de la misericordia” impregna la calidad de la historia desde los días del Galileo. Y ése es nuestro gran credo histórico dentro de la “Mayor Fe que los Hombres Jamás Hayan Vivido”.

No basta aplicar distintivos de reconocimiento histórico a aquello que desemboca en revolución volcánica o prominencia personal. En esto, asimismo, nuestra escasez de personalidades destacadas en el vívido drama de la humanidad no torna insignificante nuestro proceso histórico. En realidad quienquiera mida la historicidad temporal debe contar con un oído muy fino y sensible, listo para registrar cualquier cosa que presagie y prometa un futuro esplendoroso. Y estamos convencidos de que, a despecho de falsas maternidades y de negligencias paternas culpables, estamos criando una Cenicienta cuya belleza llegará con el tiempo a ser una realidad, ya que “Roma no fue construída en un día”. Actualmente somos como el argonauta provisto de muchas cámaras, que vaga errante mar adentro, escondido dentro de ocultos pliegues; pero ante nosotros tenemos un océano y una voluntad de ampliar nuestra morada a medida que avanzamos con movimiento seguro hacia playas más gratas. La Cenicienta que centellea ante nuestros ojos, y el nacarado argonauta con tentáculos que se extienden hacia adelante, nos dan la necesaria visión para el “autodescubrimiento”.

La situación desgraciada en que se ha colocado Mr. Boorstin luego de olfatear nuestro creciente alborozo, es a mi entender el resultado de su falta de perspicacia al explicar qué contiene la matriz de nuestro desarrollo. Tal vez él trajo consigo, o no tardó en adquirir de vendedores indignos de confianza, instrumentos mentales inadaptables al diagnóstico de nuestro caso. ¿De qué otra manera podríamos considerar su sorpresa al encontrar en la Universidad de Puerto Rico una preocupación casi patológica por nuestra historia? Sus notas desdeñosas sobre nuestra “miopía comunal” — según sus observaciones nosotros “inflamamos” nuestro pasado para “hacernos interesantes” — son meras indicaciones de frivolidad sin reticencia. Pero cuando recurre a la calumnia, diciendo que la importancia por nosotros atribuída a la historia de Puerto Rico en nuestro plan de estudios “está a punto de convertirse en una de las industrias académicas más florecientes de la isla”, entonces, con todo respeto, nos permitimos decir que él se ha propasado hasta atravesar los linderos del cinismo.

Queremos que se entienda, empero, que no ponemos en tela de juicio los móviles o intenciones de Mr. Boorstin, ni aventuramos juicios sobre la

honradez de su enfoque académico. A veces, no obstante, nos deja estupefactos la torpeza moral que podría colegirse de algunas de sus desgraciadas vaguedades. Y como una muestra más de su falaz raciocinio, consideramos las siguientes palabras: "Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son 'Especialistas' (las comillas y la E mayúscula las puso él) en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico.

Por esta vez Mr. Boorstin está completamente equivocado, y nos resulta imposible determinar si ha sido víctima de erróneos celos departamentales o se hizo partícipe de mal intencionados rumores. Nadie en nuestro Departamento de Historia, nuevo o antiguo, es un "Especialista" en campo alguno de la historia de Puerto Rico. Las especialidades son inconcebibles allí donde sólo hay un mísero y solitario curso de Historia de Puerto Rico. No tenemos cursos sobre el período colonial o períodos posteriores, ni los tenemos sobre los aspectos políticos, sociales o culturales de nuestro "largo pasado". ¿Cómo puede ser nadie un especialista en este Departamento, cuando todos nosotros nos hemos "barrenado" el camino trabajosamente hacia la Historia de Puerto Rico, desde facultades y escuelas inadecuadas para tal especialización? Aún hoy, aunque sólo tenemos un curso, y nunca tuvimos más de uno, algunos de nosotros tenemos que sumar parte de nuestro tiempo lectivo sirviendo a los Colegios de Educación y de Ciencias Sociales. Quizá el argumento de Mr. Boorstin resulte válido en otros departamentos, y él haya simplemente apuntado al falso blanco.

Bastante ha quedado dicho para excusar a los profesores de Historia de Puerto Rico, si es que nos aterran las implicaciones injustificables y hasta ignominiosas que pueden derivarse de las incursiones de Mr. Boorstin en nuestro campo. Pues no es de sus palabras, sino de su interpretación solapada, que tememos perniciosos concomitantes. Teniendo eso en cuenta, nos permitimos incluir uno más de sus dardos emponzoñados: "El número considerable de intelectuales puertorriqueños que con pomposo entusiasmo procuran el renacimiento de una cultura que nunca nació por primera vez". Expliquemos algo acerca de la historia de esa idea, artera en el caso de Mr. Boorstin, y muy lejos de ser "chuchin" para los puertorriqueños. En 1839 vivió aquí un español, de oficio escribiente de correos y poeta por compensación. No sabemos si residió en nuestra Isla más tiempo que los tres meses de Mr. Boorstin. De cualquier manera, el rumor le atribuyó a nuestro burócrata peninsular la mordaz crítica de Puerto Rico que nuestro moderno Cristóbal Colón traduce de esta guisa: "The corpse of a society that has never been born". La traducción no es exacta, porque la palabra "never" no figuraba en la fuente apócrifa. Pero no hay duda de que el buen juicio está ausente cuando se recurre a tan deleznable apoyo para abonar la insólita acusación de Mr. Boorstin. Y desde esa posición ambigua él formula su observación de que nosotros estamos "inventando" (entre comillas) "una Alta Cultura Puertorriqueña, plagada de poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores".

No nos resentimos por el sentido de esas palabras. Si él llegase a informarse de nuestras aspiraciones y vigorosa mentalidad, ello nos resultaría un acicate más para la fertilidad creadora. Nosotros sabemos que nuestros horizontes mentales jamás podrán agotarse mientras avancemos hacia las posibilidades inexploradas de la mente, de la voluntad y del espíritu puertorriqueños. Si el artículo de Mr. Boorstin nos ha incitado a recorrer la ruta de una mayor conciencia y comprensión de nuestro destino histórico, entonces su éxito ha sido inconmensurable; y nosotros seremos los beneficiarios de inesperadas bendiciones, por las cuales debiéramos expresarle nuestra sincera gratitud.

(Reproducido de El Mundo)

• • • • •

## ¿BLANCO O NEGRO?

Por Antonio J. Colorado

El profesor Daniel Boorstin estuvo en Puerto Rico tres meses, traído aquí por la Universidad. Poco después de regresar a los Estados Unidos publicó en la Revista de Yale un artículo sobre nuestro país, que el *El Mundo* hizo traducir y publicó en serie.

El artículo en cuestión ha disgustado a unos, mientras que otros se muestran entusiasmados con él. Teodoro Moscoso, el Director de Fomento Industrial, nos dice que ni "unos ni otros tienen razón porque este artículo *no puede estar enteramente desacertado ni enteramente acertado.*" Condena el Sr. Moscoso que "la gente se divida como si las cosas fuesen absolutamente negras o absolutamente blancas, cuando la realidad es que nunca o casi nunca son ni lo uno ni lo otro porque la gama del gris es infinita."

Lo anterior es una manera tan equívoca de usar los conceptos que crea una confusión. Porque a la verdad, el gris puede ser tan intenso que casi raye en lo negro, o tan tenue que se confunda con lo blanco. O sea que el artículo puede estar bien o puede estar mal, en cuyo caso merece la aprobación, si lo primero, y la desaprobación, si lo segundo. Para el Sr. Moscoso, no puede estar "enteramente desacertado ni enteramente acertado." Pero ¿cuál es el grado de desacierto y cuál el de acierto? Lo que interesa al público no es la perogrullada de que no hay nada absoluto o sea "enteramente"; sino si merece reprobación o aprobación ese artículo, y por qué.

Desvestido de su ropaje académico y sus pretensiones de objetividad, el artículo de Boorstin viene a decir en síntesis que los puertorriqueños somos unos ilusos que nos empeñamos en buscarnos una historia "brillante", cuando que apenas si tenemos historia; y una personalidad cultural que maldita la falta que nos hace, en lugar de aplicarnos a ver nuestros defectos y limitaciones para aprovechar la coyuntura que nos ofrece la asociación con los Estados Unidos. Eso, naturalmente, no aparece con la crudeza que lo exponemos aquí; pero le parecerá claro a quien lea el artículo con un poco de atención y sin beatería.

Primero lo debemos situar en su escenario. Porque en los momentos mismos en que se escribe ese artículo, se está discutiendo en Puerto Rico lo de si somos o no somos, si tenemos o no una cultura nacional, si somos occidentales a secas u occidentales puertorriqueños. La discusión empezó, en su forma externa, hace más de un año entre el Rector de la Universidad

y el Gobernador de Puerto Rico, aunque ninguno de los dos quisiera que hubiera sido así.

Naturalmente, se han formado grupos o bandos. Y siguiendo la lógica del Sr. Moscoso, sería casi imposible discutir, porque como nadie tiene nunca *enteramente* la razón, no se sabe quién la tiene; y porque al Sr. Moscoso le parece mal que exista una *profunda división* en estas cosas: la división debe ser superficial. Que nadie se apasione, entendiéndose por tal discutir las cosas con calor y entusiasmo. Los argumentos, los datos parecen no importar mucho. Lo importante es no acalorarse. ¡Cómo si no hubiera quien, al parecer fríamente, diga las mayores falacias, y quien, al parecer apasionadamente puede decir las mayores verdades!

Nada que valga verdaderamente la pena se discute sin pasión. Claro, que hay apasionados que pueden perder la razón. Pero éstos no discuten, disputan. Después de todo, la pasión es una razón, aunque no una lógica formal. Hemos notado que una forma de rehuir la discusión es acusar al opositor de apasionado, sin atender a sus razones.

Las cosas así, ya no hay grises en este asunto, sino blancos y negros. O lo que es lo mismo, nadie quiere ver tonalidades del gris, porque si nos situamos en el medio, no somos ni una cosa ni otra y estaríamos de acuerdo, cuando que en verdad no lo estamos, pese a las buenas intenciones de los desapasionados.

Tan subido es el tono gris del Sr. Boorstin, que se pasa de oscuro. Su negrura se compone de algunas verdades a medias o medias verdades, sentido de paternalismo, superficialidad, presunción y desconocimiento de lo que habla — empieza por desconocer el idioma y la historia de nuestro pueblo, instrumentos esenciales para penetrar en las cosas finas del espíritu.

Afirma el Sr. Boorstin que al otorgárseles el status de estado libre asociado, se ha producido en nosotros una frustración y pérdida del sentido de la orientación, porque lo que éramos en nosotros mismos tenía su clave en la imagen que nos habíamos formado de los Estados Unidos y, como tuvimos que revisar aquella imagen al concedérsenos el estado libre asociado, nos encontramos perdidos. En otras palabras, vivíamos y éramos — lo que fuéramos —, en gracia a que nos fastidiaban los Estados Unidos; pero como ahora ya no nos fastidian, estamos perdidos. La característica de nuestro ser *radicaba* en que teníamos una queja contra los Estados Unidos; pero como hoy no la tenemos — según Boorstin — hacemos traslación de ese sentido de *quejosidad*, fabricándonos una historia brillante y hablando pomposamente de una “Alta Cultura Puertorriqueña”.

Es la teoría psicológica de la compensación aplicada a un pueblo. Sólo que, en primer lugar, aquí nadie con dos dedos de frente, trata de fabricar una Alta Cultura ni una historia brillante. Eso es lo que se nos achaca por los *desapasionados*, a los cuales naturalmente se suma el Sr. Boorstin.

En segundo lugar ¿desde cuándo se explica el anhelo y la voluntad de personalidad histórica y cultural de un pueblo, como mera reacción ante la

pérdida de un motivo de queja? En tercer lugar ¿de dónde se saca el Sr. Boorstin que hemos llegado ya al Paraíso Terrenal, y no tenemos, por lo tanto, ningún motivo de queja o agravio?

Es posible que en Puerto Rico exista un pequeño grupo de resentidos o de incompensados que para orear su resentimiento o buscar compensación, traten de exagerar su puertorriqueñidad. Pero nos parece que la gran mayoría de los puertorriqueños y de los intelectuales puertorriqueños no buscan la afirmación de su modo de ser exclusiva o principalmente por ninguna compensación o resentimiento. Sino como una necesidad espiritual y una natural voluntad de identificación.

Habla el Sr. Boorstin de que "las principales figuras del pensamiento político puertorriqueño — hombres como Muñoz Rivera y Pedreira— (?) tuvieron muy poco que decir sobre los grandes problemas de la teoría política. Bien, aparte de la impropiedad de encasillar a Pedreira con Muñoz como pensadores políticos, cabe preguntarle al Sr. Boorstin si él sabe algo de De Hostos, Baldorioty de Castro, Ruiz Belvis, José María Quiñones, Francisco Mariano Quiñones y — en nuestra época — Luis Muñoz Morales y otros. Ciertamente que aunque no marcan jalones en el desarrollo del pensamiento político del mundo, fueron en su momento hombres que hicieron su aportación; y para descartarlos en absoluto como hace Boorstin, hay por lo menos que haberlos hojeado antes, como es evidente que no ha hecho Boorstin. Pero, en último análisis y apurando el argumento, los grandes aportadores al pensamiento político del mundo son habas contadas, y hay pueblos que no han hecho aportación alguna en ese orden, a los cuales, sin embargo, nadie negaría personalidad cultural y formación histórica.

Es posible que nuestro Gobernador se pregunte qué es ser puertorriqueño. Pero no se lo pregunta porque dude que tal cosa sea una realidad, como parece sugerir Boorstin. Se lo pregunta para aclararse a sí mismo los contornos de esa realidad, y buscar aquellas notas de nuestra personalidad que deban afirmarse para mayor elevación y dignificación de este pueblo. El Gobernador no busca "desesperadamente" esa personalidad; la busca amorosamente para, entre otras cosas, precisarla ante los ojos aturridos de los que no quieren ver.

Para los Boorstines — que desgraciadamente los hay nativos e importados — tal cosa como una personalidad de este pueblo no existe. Y, además, se regocijan de que no exista, porque les parece un estorbo. Todas estas islas del Caribe son iguales para el Sr. Boorstin, y con desenfado afirma lo que "alguien" dijera: que no tienen otra cosa que exportar, salvo sus enfermedades.

Para rematar con la puntilla a su víctima propiciatoria, Boorstin cita la frase atribuida a aquel burócrata español que diz que dijo que "Puerto Rico era el cadáver de una sociedad que *nunca* había nacido". Pero sobre este punto, oigamos palabras del profesor universitario de Historia de Puerto Rico, Dr. Antonio Rivera:

“En 1839, vivió aquí un español, de oficio escribiente de correos y poeta por compensación. No sabemos si residió en nuestra isla por más tiempo que los tres meses del Sr. Boorstin. De cualquier manera, el rumor le atribuyó a nuestro burócrata peninsular la mordaz crítica de Puerto Rico, que nuestro moderno Cristóbal Colón traduce de esta guisa: “the corpse of a society that has never been born.” La traducción no es exacta, porque la palabra *never* no estaba comprendida en la fuente apócrifa. Pero sin duda que falta el buen juicio, cuando se recurre a tan frágil apoyo en beneficio de la insólita acusación del Sr. Boorstin.”

Que al Sr. Boorstin no le parece mal la frase del burócrata de marras, está claro por lo que sigue, aunque trate de atenuarlo torpemente:

“Este mordaz juicio—dice Boorstin—es, desde luego, una calumnia contra el espíritu vital del Puerto Rico contemporáneo.... Pero la calumnia del siglo diecinueve, puede todavía parafrasearse para describir con exactitud el considerable número de intelectuales puertorriqueños quienes, con ciego entusiasmo pomposo, buscan el ‘resurgimiento’ de una cultura que nunca nació por vez primera....”

Y añade:

“Por mediación del Ateneo (la academia de Artes y Letras de Puerto Rico), los periódicos diarios, y en muchas otras formas, ellos (los intelectuales puertorriqueños) buscan ‘descubrir’ (inventar, sería más exacto) una Alta Cultura Puertorriqueña completa, con poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores. Recolectando santos (pequeñas imágenes religiosas de madera tallada o modeladas en yeso por aficionados para usos domésticos), idealizando románticamente la imagen del jíbaro, y estimulando las artesanías del tejido y la alfarería, tratan también de exorcisar una rica Cultura Popular. A la larga, los resultados de este dual esfuerzos no es probable que engañen a nadie. No convencerán ni a los puertorriqueños ni a otros que la isla posee un carácter propio.”

Lo anterior es una grotesca falsificación y una burla de la actitud de Luis Muñoz Marín y de los que hemos cometido el pecado de secundarle. No es gris, es simplemente negro. Cuando menos, y dominando la indignación que debiera producirnos, es una caricatura grosera, que toma el todo por la parte, y por la parte menos representativa. No sabemos cuáles son las “muchas otras formas” en que intentamos engañar a este pueblo; pero es evidente que una de ellas es el recién fundado Instituto de Cultura; y si alguien idealiza (entiéndase dignifica) al jíbaro, nadie le disputaría la palma en esa noble hazaña a Luis Muñoz Marín.

Prosigue Boorstin:

“Entre la clase de literatos se escucha a menudo el lamento de que nunca ha habido una historia comprensiva de Puerto Rico.

artística, académica y de primera clase. Esto se ha convertido en una forma de acusación, que por evidencia propia, se da por supuesto que cierra el argumento contra la Universidad de Puerto Rico, mientras tanto en la propia Universidad encontramos una casi patológica preocupación con la historia de Puerto Rico, la cual está para convertirse en una de las más florecientes industrias académicas de la Isla. En muchas partes (?) de la Universidad se exige un curso extensivo en la historia de Puerto Rico, el que atrae para sí una de las más nutridas matrículas. Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son "Especialistas" en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico. No obstante, los críticos de la Universidad deploran la falta de atención que allí se da al pasado local; y los profesores prometen hacer mayores esfuerzos con la historia de Puerto Rico en el futuro."

El anterior párrafo no tiene desperdicio en cuanto a exageración y falsedad. Pero dejemos que uno de los aludidos y entendidos, el Dr. Antonio Rivera, miembro distinguido y antiguo del Departamento de Historia, salga por los fueros de la verdad:

"....Queremos que se entienda que no ponemos en tela de juicio los motivos o intenciones del Sr. Boorstin, ni aventuramos juicios sobre la honradez de su enfoque académico. A veces, no obstante, nos deja estupefactos la torpeza moral que podría extraerse de algunas de sus desgraciadas vaguedades. Y como una muestra más de su falaz raciocinio, consideramos las siguientes palabras: "Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son 'Especialistas' (Las comillas y la E mayúscula las puso él) en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico."

Por esta vez, el Sr. Boorstin está completamente equivocado, y nos es imposible determinar de si ha sido víctima de erróneos celos departamentales, o se hizo partícipe de mal intencionados rumores. Nadie en nuestro Departamento de Historia, nuevo o antiguo, es un 'Especialista' en campo alguno de Historia de Puerto Rico. Las especialidades son inconcebibles allí donde sólo hay un mísero y solitario curso de 'Historia de Puerto Rico'. No tenemos cursos en el Período Colonial o en períodos posteriores, ni los tenemos en los aspectos políticos, sociales o culturales de nuestro 'largo pasado'. ¿Cómo puede ser nadie un especialista en este Departamento, cuando todos nosotros nos hemos "barrenado" el camino trabajosamente hacia la Historia de Puerto Rico, desde facultades y escuelas inadecuadas para tal especialización? Aún hoy, porque sólo tenemos un curso, y nunca tuvimos más de uno, algunos de nosotros tenemos que sumar parte de nuestro tiempo lectivo sierviendo a los Colegios de Educación y de Ciencias Sociales..."

Por si fuera poco, los profesores de Historia de la Universidad de Puerto Rico saben que durante las vacaciones que, pagadas por la Universi-

dad, pasó aquí el Sr. Boorstin, no tuvo siquiera la gentileza de sostener una sola conversación con un solo miembro del Departamento de Historia. Es sencillamente increíble que persona que así procede, se permita afirmar dogmáticamente lo que no se tomó el trabajo mínimo de investigar. No cabe la más remota duda que lo que dice Boorstin sobre los intelectuales puertorriqueños, los profesores de historia y nuestra cultura no lo dice por experiencia y conciencia propias.

Por lo que a nuestra humilde persona respecta, debo decir que hablé con el Sr. Boorstin, quien vino a verme a mi oficina para pedirme publicaciones sobre Puerto Rico, las que le di con la mejor voluntad. Aun cuando tiene buen cuidado de no mencionar mi nombre, hace malísima ausencia de las ideas que le expresé, tergiversando, caricaturizando y utilizando para sus fines cosas que le expliqué con claridad y sencillez.

Creo que el Sr. Moscoso debe releer el escrito de Boorstin, a fin de que forme un juicio sensato sobre la intensidad de su gris. Finalmente, me permito sugerir que Boorstin no es Boorstin en cuanto a la base de su tesis. Tácheseme de "ciclón tropical" y apasionado pero atiéndase la razón que a mi sinrazón asiste.

(Reproducido de El Mundo)

## INDICE CULTURAL

### *Comentarios a un ensayo sobre Puerto Rico*

Por Nilita Vientós Gastón

#### I

Daniel J. Boorstin, profesor de Historia en la Universidad de Chicago, publica en *The Yale Review*, Vol. XLV, Núm. 2, diciembre 1955, un ensayo, *Self Discovery in Puerto Rico*, (versión española, *EL MUNDO*, febrero 8, 9, 10, 11, 12 y 13) que se propone, entre otras cosas, la ambiciosa empresa de enjuiciar nuestra expresión cultural y la actitud del intelectual. El título resulta irónico ya que el autor llega a la conclusión de que el pueblo puertorriqueño carece de personalidad propia y que en el empeño actual por conocer y revalorar su pasado inventa más que descubre.

Paso a comentar algunas de las observaciones de Boorstin en este *Índice* y los siguientes.

Comienza diciendo que la fórmula política de Estado Libre Asociado al privar al puertorriqueño de sus "agravios tradicionales" le ha obligado a "una revisión total de la tradicional imagen puertorriqueña de Estados Unidos", imagen en "la que hacía tiempo había encontrado el rasgo principal de lo que era en sí". Señala que uno de los resultados ha sido "un vago pero creciente malestar entre los intelectuales de la Isla".

Examinemos esta apreciación. Lo que Boorstin llama "agravio tradicional" no es más que la natural y legítima expresión del sentimiento de libertad que prevalece en todo país sometido al coloniaje cuando adquiere conciencia de su nacionalidad y lucha por afirmarla. Es el gran problema de todo pueblo en la misma situación. Y ese "vago y creciente" malestar que percibe entre los intelectuales se debe a que un gran número de ellos no ve claro lo que el autor acepta como cierto: que el Estado Libre Asociado sea una nueva fórmula política que exija una revaloración de nuestras relaciones con Estados Unidos. En opinión de muchos se trata o de la misma vieja fórmula con un nombre nuevo, o de concesiones que en nada afectan la raíz del problema, de un estado transitorio. Muchos temen que induzca a confusión, de la apariencia de ser lo que en esencia no es.

"No es exageración decir que casi todos los escritores pensadores de más importancia de Puerto Rico se han preocupado por el problema del status — esto es de la relación apropiada entre la Isla y la Madre Patria. Antes de 1898 el problema se orientaba hacia España; después hacia Estados Unidos. La mayor parte de la herencia intelectual de Puerto Rico

consiste, por lo tanto, de una miscelánea de polémicas, ensayos legales, oratoria política, poesía, reminiscencias y trenos girando alrededor del tema del status". Añade que con la excepción de De Hostos el pensamiento político puertorriqueño se ha concentrado en el problema local.

Esta afirmación, en parte cierta, que Boorstin considera criticable, yo la estimo, por el contrario, saludable. Es un hecho del que debemos sentirnos satisfechos. Porque significa que el intelectual puertorriqueño ha visto bien la realidad, no se ha desentendido de ella, no ha incurrido en el error fatal, a lo Goethe, de separar la literatura de la vida. Ha comprendido que el problema más urgente de su país, del que dependen y al que están supeditados todos los otros problemas, es el del status. En resumen, que ha tenido conciencia de su responsabilidad.

¿Cómo pedir a unos hombres que se confrontan a cada paso con un problema urgente, que les afecta en lo más hondo y genuino de su ser, que le echen de lado o le presten atención ocasional para dedicarse a divagar sobre teorías? El destino del país en que se nace y vive es parte esencial del destino individual. Los seres humanos necesitan estar afincados en algún lugar, pertenecer a alguna comunidad, luchar por comprenderla y mejorarla. Para llegar a ese entendimiento universal con los hombres de todas las patrias con que sueñan los mejores es preciso conocer y respetar la propia. La comprensión y el sentimiento de lo ajeno nacen de la comprensión y el sentimiento propio. Y hasta que un país no tenga conciencia clara de sí mismo es deber ineludible de sus mejores cabezas ayudar a vislumbrar esa conciencia y contribuir a formarla.

En el Prefacio a *John Bull's Other Island*, Bernard Shaw expone, con el sentido común y la irónica brillantez que le caracterizan la situación de incomodidad general colectiva que sufre un país cuyo destino político está sin resolver. "Una nación conquistada es como un hombre con cáncer, no puede pensar en otra cosa. . . . Una nación saludable está tan inconsciente de su nacionalidad como un hombre sano de sus huesos. . . . Las naciones conquistadas pierden su lugar en la marcha del mundo porque no pueden hacer nada más que luchar por desembarazarse de sus movimientos nacionalistas, para recuperar su libertad nacional. Todas las demostraciones de las virtudes de un gobierno extranjero, aunque a menudo concluyentes, son tan inútiles como las demostraciones de la superioridad de los dientes artificiales, los ojos de vidrio, las tráqueas de plata y las piernas de palo patentizadas sobre los productos naturales.

La actitud y la preocupación del intelectual puertorriqueño ante el problema del status no es en suma más que el reflejo del gran problema sin resolver de nuestro pueblo: su destino político. Al enfocarlo, según su visión particular, si lo hace con honradez, no importa la fórmula que favorezca, cumple con la obligación de afrontar la realidad y expresar su reacción ante ella para ayudar a ver claro a los demás.

No hay que olvidar que Boorstin es norteamericano, de un país en que el intelectual vive ahora al margen de los acontecimientos políticos, en

que es mirado por la masa con recelo; un país cuyas minorías de excepcional calidad, según revela la obra de sus escritores — que de modo tan decisivo están influenciando las literaturas extranjeras — y las revistas de minoría (*little magazines*), viven aisladas, no intervienen, o intervienen con timidez en la cosa pública. Son más bien espectadores. (Digo ahora porque por fortuna para la nación norteamericana los intelectuales intervinieron decisivamente en su nacimiento y formación). Prevalece la noción de que el intelectual y el político moran en mundos no sólo distintos — lo que en parte es cierto — sino también incommunicables — lo que no sólo es falso — sino peligroso.

La verdad es que si se eliminaran las polémicas, ensayos legales, oratoria política y poesías sobre el tema de la patria de muchas de las grandes literaturas, quedarían éstas considerablemente empobrecidas.

## II

Según Boorstin, hay un “considerable número de puertorriqueños que con ciego entusiasmo pomposo buscan el renacimiento de una cultura que en primer lugar no existió. A través del Ateneo (Academia de Artes y Letras de Puerto Rico), y de la prensa diaria y de muchas otras maneras buscan descubrir (inventar sería más exacto), una Alta Cultura completa con poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores...”

Examinemos esta aseveración. No creo que sean numerosos los intelectuales puertorriqueños que traten de exaltar nuestra expresión literaria y artística del modo desmesurado que señala Boorstin. Yo diría lo contrario, que son numerosos los que la ven como menos interesante de lo que en realidad es. En esto, como en muchas otras cosas, padecemos de un complejo de inferioridad. Lo que el autor llama “renacimiento” no es más que el examen de conciencia que al fin comenzamos a hacer. Este examen de conciencia, este esfuerzo por mirar el pasado, indica que hemos llegado a la mayoría de edad y queremos conocernos.

Las pruebas de lo poco que nos ocupamos aún de nuestra “Alta Cultura” son claras e irrefutables. Señalemos algunas en el campo de la literatura: (1) lo que pudiéramos llamar nuestros clásicos están casi todos agotados; (2) no hay más que una empresa editorial que se dedique con empeño a la publicación del libro puertorriqueño; (3) no hay quien se ocupe de distribuir la obra de nuestros escritores en el extranjero; (4) los periódicos se ocupan muy poco de la literatura; (5) no hay más que dos revistas literarias que salgan con regularidad; (6) gran parte de nuestra literatura que nadie se ha preocupado en recoger está dispersa en revistas...

Lo que hace el puertorriqueño en este momento no es proponerse el desatino de “inventar” una cultura. Trata, sencillamente, de descubrir lo que tiene y enjuiciarlo, hecho que Boorstin no puede dejar de reconocer cuando observa, al final del trabajo, que “existe una creciente conciencia

comunal hacia el autodescubrimiento". La intención del puertorriqueño no es exaltar su pasado sino valorarlo.

No veo de qué medios se ha valido Boorstin para enterarse de la producción literaria puertorriqueña. No hay más camino para enjuiciar una literatura que leerla, en el original o traducida. No creo que conozca el español (o la lengua que según él, llama español el puertorriqueño), y hay poquísima literatura nuestra traducida al inglés.

Puerto Rico, señala Boorstin, tiene "un largo pasado pero una corta historia. Cualquier historiador que estudie el pasado puertorriqueño como una narración de hombres e instituciones comparables a las de Francia, Inglaterra, Holanda, Japón e Israel, no puede honradamente aducir que sea particularmente memorable". Lo menos que puede decirse de estas observaciones es que revelan un concepto muy peculiar de lo que es historia. Tal parece que los únicos países que merecen el calificativo de tener historia son los que han desempeñado un gran papel en la política mundial, que los países pequeños, pobres y sin influencia no son dignos de la mirada del historiador.

Todo país, por el hecho de serlo, tiene su historia al igual que todo individuo, por humilde que sea, tiene su biografía. Negar a un país pequeño y pobre su historia, es como decir que un individuo que no sobresale, a lo César o a lo Napoleón, no tiene derecho a que se llame vida a su quehacer. ¿Por qué no leer la historia de Puerto Rico como hay que leerla, como la narración de las vicisitudes de un determinado conglomerado de hombres durante 400 años? Acaso esto no tenga interés para un Toynbee, pero lo tiene para el historiador puertorriqueño y para su pueblo. Por modesta que sea la historia de un país el conocimiento de ella ayuda a sus habitantes a seguir haciéndola.

Continúa Boorstin: "Cualquiera que vaya de Italia a Puerto Rico difícilmente puede dejar de ver que la falta de historia de la Isla puede ser una ventaja natural. Sin tener el impedimento del bagaje de un magnífico pasado, los puertorriqueños pueden descubrir grandeza mejorando el presente". Porque Italia, al revés de Puerto Rico, tiene "una historia embarazosamente rica... Aún, hoy muchos italianos buscan a tientas y sin designios en las sombras de su pasado". Otra comparación y esta vez para consolarnos. Para mostrar las ventajas que pueden derivarse de la ausencia de lo que antes lamenta.

Es curiosa la ambigua actitud de Boorstin ante el pasado. Le preocupa cuando es mucho y también le preocupa cuando es poco. Digo curiosa porque una de las cualidades que ha de poseer el que enjuicia la historia de un país o hace el recuento de una civilización es habilidad para visitar imaginativamente el pasado, aceptarle sin medirlo y apoyarse en él para relacionarlo con el presente. No me explico cómo puede mejorarse el presente si se carece del sentimiento y la conciencia del pasado. El pueblo que no conoce su pasado no tiene armas para hacer frente al presente ni para esbozarse un porvenir.

Lo que sucede es que Boorstin nos mira desde un punto de vista que se apoya en un pragmatismo burdo en que no hay lugar para el espíritu. Desde esa perspectiva, según prueban sus aseveraciones sobre el bilingüismo y su concepto de la fundación del intelectual en nuestro medio (cosas de las que me ocupo en el próximo *Indice*), los valores del espíritu quedan supeditados a los valores materiales.

### III

Boorstin nos acusa de "miopía comunal" por la sola razón de que no nos vemos como él nos ve. Creo, por el contrario, que quien padecía de miopía es él. Por su peculiar concepto de la historia, por su ambigua actitud ante el pasado, por el desconocimiento de nuestra realidad que revelan sus opiniones y por el pragmatismo en que se apoya para enjuiciarnos. Cuando tomamos en consideración estos factores vemos que no podía vernos de otro modo. Porque lo que se ve está condicionado por la calidad de la mirada del contemplador.

Estima Boorstin que algunas características de la vida puertorriqueña contemporánea que miramos como obstáculos a nuestro desarrollo pueden, si aprendemos a considerarlas de otra manera, convertirse en "oportunidades posiblemente únicas". Entre éstas figura el bilingüismo, "novel oportunidad aunque los nacionalistas puertorriqueños persisten en verlo exclusivamente como un problema". Supongo que aquí nacionalista quiere decir chauvinista. Pero el bilingüismo no sólo es problema para los que pueda incluir en el vocablo, lo es para todos los que estén familiarizados con su práctica y conozcan los resultados. Como norma educativa tiene el rechazo casi unánime de los pedagogos, tanto puertorriqueños como extranjeros.

Deslumbra a Boorstin "que una proporción tan grande de las clases dirigentes en encuentre tan en su casa en dos idiomas". Opinión personalísima del autor que no responde a la realidad. La mayoría de los que alude no "se encuentran en su casa" en ninguno de los dos porque es muy difícil tratar de vivir en dos casas a la vez. Se ve a las claras que Boorstin es un diletante en una materia en que ya somos peritos los puertorriqueños. Cincuenta años de lidiar con ella, en todas las formas posibles, nos confiere autoridad incontestable.

Pero veamos cual es la novel oportunidad que nos brinda el bilingüismo y que el intelectual puertorriqueño se empeña en ignorar. Que hoy "se busca a puertorriqueños preparados para empleos importantes a través de la América Latina no porque hablen español o inglés literario, sino porque poseen un extraordinario dominio idiomático de ambos. ¿No es una gran oportunidad que una Isla tan pequeña con tan poca historia y tan poca literatura propias disfrute la bendición de dos avenidas lingüísticas para tan gran parte del resto del mundo? ¿Por qué tienen los puertorriqueños que lamentarse de que no pueden hacer del idioma el vehículo de una lite-

ratura pura cuando están particularmente bien situados para utilizarlo en otros fines?" En otras palabras, somos unos tontos ilusos al pretender conservar nuestra lengua, al intentar expresarnos en ella. Lo importante es tener un conocimiento superficial de dos lenguas para que unos cientos de puertorriqueños puedan ganarse bien la vida. Para Puerto Rico han de pesar más mil cartas en buen español o inglés "idiomático" que un buen libro en español "literario"; los puertorriqueños que saben suficiente inglés y español para manejar eficientemente un negocio de exportación son más útiles que los que se empeñan en hacer literatura.

Esta opinión demuestra que el autor no tiene sentido de lo que es y significa la lengua. No la considera vehículo de expresión del espíritu. La ve, por lo menos en el caso de Puerto Rico, como mercancía. Singular opinión que es lógica consecuencia de la aún más singular que sobre nuestra lengua sustenta. Porque según señala "afortunadamente Puerto Rico no posee una lengua nativa sobreviviente. Pero presumiblemente su idioma es el español, de la misma manera que para los irlandeses libres es el gaélico y para Israel el hebreo".

Supongo que al decir "lengua nativa sobreviviente" se refiere al hecho obvio de que no hablamos la lengua de los aborígenes de Puerto Rico, sino la de sus colonizadores. Si aplicamos esta teoría a su propio país hay que concluir que tampoco los norteamericanos poseen una lengua nacional sobreviviente, pero que presumiblemente su idioma es el inglés. La verdad es que se han dicho cosas muy curiosas sobre Puerto Rico, pero dudo que el desatino de negarnos hasta la lengua vernácula y su imposible analogía con los casos de la gaélica y la hebrea pueda ser superado.

Dada la opinión que tiene Boorstin de la historia, la lengua y la cultura de nuestro país y el pragmatismo que caracteriza sus puntos de vista, no nos sorprende la función que asigna en él al intelectual. Veámosla. "Allí, como en otras partes las clases literarias poseen un terrible poder para imponer un malestar sin objetivo a la comunidad. Pero si pueden guiar a la Isla a su definición por líneas empíricas particularistas, pueden impedir la búsqueda ociosa del yo basada en falsos paralelos y en normas presuntas de autorrealización. Esa búsqueda está llamada a ser estéril y a aumentar la frustración innecesaria de la ya insegura comunidad. Su verdadero papel es ayudar a la comunidad a encontrarse a sí misma, pero no llevando a cabo una ardua búsqueda de cultura, sino ayudando a sus compatriotas a descubrir y desarrollar los recursos sociales que son innatos al país".

Consideramos algunas de las apreciaciones que contiene esta opinión. Lo que llama "el terrible poder del intelectual para imponer un malestar a la comunidad" es lo que constituye una de sus funciones esenciales, la de inquietar. Porque el intelectual es el que se pregunta siempre, el que pone en tela de juicio las ideas y normas de una sociedad y comunica los

problemas que su análisis le plantea. En otras palabras, su misión es pensar y el pensar siempre produce "malestar". Y ese malestar tiene un "objetivo", sacudir la rutina, mantener el espíritu alerta, no dejar adormecer la conciencia. Renunciar a ese malestar significaría renunciar al mejoramiento espiritual. Y esa búsqueda no "está llamada a ser estéril". Es la única fructífera. Es el modo con que ayuda el intelectual "a la comunidad a encontrarse a sí misma". Limitar la función del intelectual a lo que parece incluir el autor en la frase "recursos sociales" es sugerirle que la traicione y contribuya al suicidio colectivo de su pueblo, a que niegue o adormezca su espíritu. De seguir este peregrino consejo llegaríamos a ser lo que Boorstin cree que somos: un país sin historia, sin lengua y sin "alta cultura".

(Reproducido de El Mundo)



## HAZAÑA PUERTORRIQUEÑA

Por Adolfo de Hostos

"Achievement in Puerto Rico", titulaba este ensayo cuando lo escribí, por buenas razones, en idioma inglés. Al re-escribirlo en castellano empiezo por descartar la frase "Logros en Puerto Rico", a la primera tentativa de traducir el título. "Hazaña Puertorriqueña" no tiene las feas connotaciones que la voz "logro" posee en nuestra lengua. Además en "hazaña" están latentes ciertas afinidades con el concepto de heroicidad que sientan bien a aquellas realidades históricas de nuestro país que paso a bosquejar.

Refiérome al ensayo "Self-Discovery in Puerto Rico" que el señor Daniel J. Boorstin publicó en el número de diciembre pasado en el "Yale Review".

Decididamente el señor Boorstin fundamenta su tesis en un superficial conocimiento de la historia puertorriqueña y en noticias prestadas sobre la cultura intelectual de nuestra tierra. Más bien que echarme a cuesta la carga aunque ligera de refutar al señor Boorstin, ofreceré a sus descarriados lectores, las pruebas históricas y culturales que he logrado recoger durante una veintena de años de continua familiaridad con el pasado de nuestra Isla.

En primer lugar, reclamamos la posesión de una madura cultura hispánica fundándonos en un concepto de la cultura que difiere grandemente del que posee el señor Boorstin, tal como éste se transparenta en su ensayo. Creemos firmemente que la cultura, ya fuere la meramente literaria, la estética o la científica, no conduce necesariamente a sus cultivadores hacia elevados fines humanitarios. Para nosotros la cultura nacional es — en un período determinado de la historia — el conjunto de todas las actividades de un pueblo destinadas a crear y conservar aquellas condiciones materiales, morales, intelectuales y espirituales que generarían el bienestar, el progreso y la felicidad nacionales. Dando una mirada, por rápida que sea a nuestra historia, nos percatamos del hecho de que las condiciones a que nos acabamos de referir fueron, como en otras latitudes, fuertemente influenciadas por ciertos factores de índole etnológica, geográfica, política, social, climatológica y económica. Sin duda algunos de estos factores han ejercido una acción favorable y otros negativa al desarrollo de la personalidad y de la cultura. Pero ninguno de los últimos operaron durante la

dominación española con influjo suficiente para hacer abortar o tronchar nobles ambiciones o para destruir los elementos vitales en el proceso de la formación de nuestra personalidad colectiva.

Muy por lo contrario la mayor parte de los factores a que nos referimos han contribuido a la formación de un pueblo notablemente homogéneo, con una bien definida existencia personal, cuyos toques finales han sido dados por sutiles concomitancias del ambiente tropical.

Los elementos formativos de nuestro pueblo pueden describirse como sigue: uniformidad racial, resultante principalmente de la funesta política de la "puerta cerrada", sostenida por los Austrias, la política que excluyó por completo, el comercio extranjero y la inmigración a la Isla hasta el principio del siglo XIX; la inflexible subordinación política a las doctrinas y prácticas teocráticas que contribuyeron junto con nuestro insularismo a limitar las influencias intelectuales ya fuere a las de origen puramente español o las que pudieren asimilarse a través de conductos hispánicos, debidamente expurgados de conceptos racionalistas e ideas científicas, por creerse que ambas cosas inclinaban la mente hacia la herejía o el escepticismo; la exposición del catolicismo oficial, algunos de cuyos principios de moral individual habían sido tan completamente asimilados por el cuerpo político que se habían convertido en su segunda naturaleza; la pobreza del pueblo que había hecho crónica gracias a la insistencia de la Corona en atender, preferentemente al aspecto estratégico de la Isla, hasta que la convirtió en un punto de apoyo fortificado de su política imperialista, olvidando por completo desarrollar las riquezas naturales de la Isla, ya fuera en su propio provecho o en el del pueblo insular. La mezcla secular e ininterrumpida de todos estos ingredientes finalmente transformados se asentó en un sedimento síquico que ha alimentado las raíces mismas de nuestra personalidad.

En cuanto a los frutos que ha dado la cultura hispánica transplantada al suelo de Puerto Rico: Admitiendo que casi hasta la mitad del siglo XIX, las restricciones políticas impidieron nuestro progreso educativo, no puede negarse sin embargo que las normas de finalidad religiosa y moral, que se aplicaron en la selección y admisión de los colonos de la Isla favorecieron la vida ordenada, el respeto a la autoridad, la práctica de la piedad, la bondad y otros sentimientos que impulsaron su crecimiento espiritual. La observancia estricta de la religión, la vida sencilla y austera, y la resignación a las condiciones de aquella existencia dieron por resultado el fortalecimiento de los nexos de familia. En el correr del tiempo el hogar se hizo la institución más honorable y valiosa de la colonia. Hasta nuestros propios días cualesquier madre paupérrima puede morir en paz, pues sabe que al cerrar los ojos, sus vecinos, pobres o ricos, se repartirán entre sí a sus harapientos chicuelos. Fué de un humilde hogar, así fortalecido por la fe, que Puerto Rico probablemente dió a su hemisferio su primer santo, Rosa de Lima. En verdad, el hogar puertorriqueño fué un triunfo del complejo político-religioso colonial. A pesar de la vida modestísima de los primeros tiempos la buena sociedad de la colonia, fundándose en el orgullo

de origen inducido por las normas selectivas y el consecuente refinamiento de las costumbres, floreció durante la época colonial, adornando la mujer del país con atrayentes dones propios de su sexo y una delicadeza de sentimientos que supieron admirar nuestros gobernantes y funcionarios españoles así como los visitantes extranjeros.

Otras influencias personales derivadas de la cultura contemporánea europea afectaron favorablemente el tono de la vida insular desde los primeros tiempos de la colonización. Entre ellos los expertos del Ejército español que percibieron por primera vez el valor estratégico de la Isla, dando con ello lugar a la prolongada discusión acerca de la conveniencia de fortificar su capital y principal puerto; los obispos y dignidades diocesanas, así como los gobernadores y el corto número de funcionarios reales que servían en el país.

Del hecho de que un residente de San Juan calculara la posición astronómica de la Isla en el año 1581, podemos inferir que en ella vivían algunos hombres ilustrados aún en aquella remota época. A través de sus amistades en la ciudad, el notable poeta Juan de Castellanos ayudó, con sus brillantes ideas, a la tarea civilizadora. Podía la ciudad ufanarse de tener una catedral con su cabildo y órgano mucho antes de que los indios de Manhattan negociaran la venta de su isla a los holandeses. Durante los siglos 16 y 17 llegaron a la ciudad dos magníficos objetos de arte: el cuadro de Nuestra Señora de Belén por un maestro holandés y la estatua de alabastro del Obispo Manso nuestro primer prelado, que fué destruída en el incendio de 1625. De acuerdo con el relato descrito por el Rev. Layfield, capellán del Conde de Cumberland durante su aventura en San Juan, esta ciudad era más grande entonces que Portsmouth y "mucho más hermosa". La nobleza de Puerto Rico compartía con la nobleza de La Española el honor de ser la primera instalada en el Hemisferio.

A menudo admirábase en la ciudad fortificada, aunque aún no murada, la buena música religiosa, la oratoria y la literatura producidas o reproducidas en su recinto. El coro de Catedral, aún en construcción, conmovía a su apretada grey con los cánticos y antífonas de los grandes compositores de la Iglesia; los obispos Ramos y Balbuena, el primero escribiendo sus tratados teológicos en latín, el segundo dando riendas a su inspiración poética en el vernáculo, ofrecían los frutos de su talento desbordante, por cierto, de la erudición grecolatina. Hacia la mitad del siglo XVII los Dominicos establecieron su Casa de Estudios, dando con ello un gran impulso a la instrucción. Podemos calificar este hecho como una verdadera bendición para la juventud de la colonia, cuyo *Estudio General* en San Juan transmitía los conocimientos más altos que podían adquirirse en la Isla. Además, el Monasterio de los Dominicos alojaba la mejor biblioteca de la Ciudad, estando sus libros "admirablemente encuadernados", según el testimonio del Rev. Layfield.

Hacia 1647 nuestro primer cronista, Torres Vargas, compuso una relación de los hijos del país que se habían distinguido en el servicio público

de la Madre Patria. La vida de estos hombres demostró que poseían pericia y una cultura capaz de infiltrar rectos sentimientos, así como un elevado sentido del honor y del deber. Muchos fueron funcionarios de la Corona y de la Iglesia, gobernadores coloniales, comandantes navales y militares, que sirvieron en España, Flandes, la Florida, las Filipinas y otras colonias.

El siglo XVIII encontró a Puerto Rico jadeante con febriles preparativos militares. Especialistas europeos, que hoy llamaríamos técnicos, siendo por añadidura hombres ilustrados y mundanos, llegaron a la ciudad para dirigir y coadyudar con la jefatura de la guarnición, dejando las huellas de su paso en varios campos de la cultura mental y espiritual. Por fin aprobóse un plan defensivo definitivo. Puesto en Práctica, fué terminado a un coste de varios millones suplidos principalmente por el Real Tesoro de Méjico. Quedó la ciudad rodeada por un magnífico muro de escarpa de 18 pies de anchura, reforzado en sus salientes por dieciocho bastiones; dos poderosos fuertes, El Morro y San Cristóbal, protegían el puerto y la ciudad del lado de tierra, cuyo flanco defendían además dos fortines; un complicado sistema de obras auxiliares que comprendían casi todos los adelantos del arte de la arquitectura militar conocidos en el siglo XVIII, completaban el gigantesco sistema defensivo de San Juan.

Santificadas quedaron las fortificaciones según las ideas de aquellos tiempos, al dar el nombre de algún santo o misterio de nuestra Iglesia a cada una de esas obras defensivas y construyendo unas ermitas a lo largo y detrás de las murallas.

Tras la formidable línea protectora de cañones y cruces vivían los sanjuaneros en paz y seguridad, entregados por completo a las faenas cotidianas y a alguna que otra tentación de índole cultural que solía tocar a sus corazones.

Durante y después de la conclusión de las fortificaciones se aceleró el pulso intelectual. En 1769 dió comienzo la inquietud, de secular duración e ineficacia, por el establecimiento de una universidad en la Isla. El amargo descontento que siguió a los primeros fracasos en este sentido, decidió al gobierno de Madrid a autorizar a la Universidad de Santo Domingo a graduar en filosofía y teología los candidatos preparados por nuestras dos escuelas monásticas de los dominicos y los franciscanos. Para este tiempo nuestros poetas empezaron a afinar sus primitivas liras, dejando un breve recuerdo manuscrito de sus cantos a la gloria del monarca reinante o al duelo nacional que iniciaba este otro monarca agonizante. El despertar del lirismo insular trajo consigo una marcada afición al fingimiento y la afectación literarias, un delirio por la hipérbole, un insistir en la metáfora, especialmente de la clase que tanto prospera con los nombres favoritos de la mitología griega.

Estos puramente poéticos esfuerzos aparecen intercalados con escritos evidentemente destinados a vulgarizar informes precisos acerca de la historia, los hábitos y costumbres de los isleños, el buen éxito de la adaptación del peninsular al clima insular, tal como se manifestaba en el siglo XVIII, y

los alcances del régimen colonial. Citaremos dos excelentes ejemplos de la prosa informativa de la época: *Noticia Particular de la Isla y Plaza de San Juan* (1775) por Miyares González e *Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista* (1778) por Iñigo Abbad.

De notable afecto inspirativo en la vida cultural isleña fué el nombramiento del puertorriqueño Ramón Power, para la vice-presidencia de las Cortes Constituyentes de Cádiz, en 1812. Que la influencia de un puertorriqueño en esta gesta se dejara sentir en la solución de cuestiones tan vitales como la redacción de una constitución para el Reino, prueba concluyentemente que nuestro eminente isleño había contribuido significativamente a la historia constitucional de España. Cuando recordamos que la constitución de Cádiz se inspiró en la histórica resolución del pueblo español de abandonar la arcaica ideología absolutista, estaremos de acuerdo que la contribución de nuestro Ramón Power fué más que significativa, obra del destino.

Era en verdad, una cultura respetable la nuestra si bastante efectiva para ayudar a destruir torpes instituciones y condiciones derivadas de ciertos principios y prácticas de la filosofía política sostenida por el pueblo español durante siglos: la Inquisición, la desigualdad de los derechos individuales de los colonos, la estricta censura de prensa y otros muchos más de importancia al pueblo español mismo y a los de sus colonias.

En el primer cuarto del siglo XIX empezó a desmoronarse el imperio colonial de España en América. Las revoluciones de Francia y de los Estados Unidos enseñaron a sus gentes el camino de la libertad. Revelados los mejicanos, obtuvieron su independencia el 1821, El oro mejicano dejó de afluir a las cajas de la administración de Puerto Rico. Por un tiempo éstas permanecieron vacías.

Entonces ocurrió un milagro. España tenía a la mano el hombre que necesitaba para dominar la situación en Puerto Rico. Llamábase Alejandro Ramírez y era un competente economista, funcionario patriótico y progresista, que fué transferido de un elevado cargo en Guatemala a la intendencia de nuestro país. Ramírez hizo la Isla capaz de sostenerse a sí misma faltando las remesas del Tesoro de Méjico.

Arrojando al suelo con impaciencia los antiguos y artificiales obstáculos que habían mantenido estancada la vida económica insular durante siglos, el Intendente Ramírez cumplió su cometido brillantemente. Los resultados obtenidos demostraron, sin duda alguna, que Puerto Rico podría continuar desempeñando su papel de Gibraltar español del Atlántico Central mientras se hacía económicamente independiente, desarrollando la agricultura comercial, la industria y el comercio extranjero. En los 85 años que transcurrieron desde la gestión de Ramírez en la Isla y la invasión americana, la instrucción pública, la cultura material e intelectual, la riqueza pública y privada avanzaron a un paso acelerado, completamente desconocido durante los tres siglos anteriores.

En 1865 se presentó a Puerto Rico una nueva oportunidad de contribuir a modelar la política española en uno de sus aspectos fundamentales. Su esclarecido hijo, Julio de Vizcarrondo, fundaba en Madrid la *Abolicionista Española* que con el correr del tiempo reuniría en su matrícula la mayor parte de los liberales más influyentes en la vida pública de España. Dos años después tres patriotas puertorriqueños — Acosta, Ruiz Belvis y Quiñones — pidieron la abolición inmediata y definitiva de la esclavitud. Su extensa petición fué aclamada en Madrid como un documento digno de los políticos de vanguardia de cualquier país. Por fin, en 1873, se aprobó la ley de la abolición. Cerca de 30,000 esclavos quedaron libres en Puerto Rico, sin que se derramara una gota de sangre, acompañados por el buen deseo de casi todo el pueblo y la increíble generosidad de numerosos dueños de esclavos que rehusaron, por puro idealismo, cobrar la indemnización decretada por el Parlamento español. Puerto Rico había alcanzado una victoria deslumbrante de cultura moral que llenó de luz la penumbra de su vida colonial.

Otra vez Puerto Rico coadyudaba al progreso de la filosofía política de la Madre Patria, concediendo el don de la verdad a su pensador original, Eugenio María de Hostos, de cuyo texto de Derecho Constitucional, escribió el Prof. Max Daireau, de la Sorbona, como sigue: "obra de una impresionante penetración de una provechosa lectura para aquellos que, al presente, en un mundo desquiciado, se echan encima la tarea de dar a sus países una nueva constitución."<sup>1</sup>

Gracias a su profundo conocimiento de las causas ulteriores de los cambios políticos, pudo Hostos profetizar, en 1900, tres años antes de morir, la independencia de la India, la caída de la raza teutónica, la lucha de razas en los Estados Unidos y la aparición del comunismo ruso.<sup>2</sup>

Hacia el principio del siglo XIX llegó la imprenta a Puerto Rico. El Gobierno comenzó a publicar una gaceta, la más antigua publicación periódica de la Isla al tiempo de la invasión americana. Durante ese mismo período se publicaron en San Juan 163 periódicos, incluyendo los de corta duración y aún los *nati-muertos*, es decir aquellos que sólo publicaron su primer número. Los frecuentes casos de esta índole se explican por el hecho de que en aquel tiempo no era una cosa fácil exponer ideas y doctrinas políticas en un periódico. *El Clamor del País*, por ejemplo, paladín declarado, del liberalismo insular, fué juzgado cuarenta veces en poco menos de diez años, por alegadas violaciones del reglamento de censura de imprenta. Además sobre el escritorio de un director de periódico flotaba eternamente la amenaza de un duelo de honor, pues no en vano se había traducido y publicado aquí el código del duelo del conde de Chateauvillard. *El Telegrama*, nuestro primer periódico con servicio cablegráfico, apareció hacia

1. "Actualité de Eugenio María de Hostos", "France-Amérique Magazine" (dirigée par l'Institut des Etudes du Comité France-Amérique), Paris, 414 Juin, 1946, Págs. 305-307.

2. Vol. XIV, págs. 420-425; Eugenio M. de Hostos, "Obras Completas", La Habana, 1920.

el 90. Otro, *El Buscapié*, manejaba la sátira, el equívoco y el chiste mordaz con tal efectividad que ayudaba al *Telegrama* a suavizar la tensión pública provocada por las insinuaciones de índole política que solían correr de boca en boca. Después de la invasión y en las alas ascendentes de la prensa libertada la discusión política ganó gradualmente en amplitud, tomando parte en ella los que abogaban por una de las tres soluciones propuestas para el problema puertorriqueño. De cuando en cuando ésta se convertía en una hirviente controversia que monopolizaba completamente el interés general de la comunidad. Los sentimientos encerrados e inexpressados durante medio siglo de tolerancia a medias encontraron salida, como parece bien natural, en la interminable controversia acerca de lo que aquí llamamos el status del país", desenlace definitivo de su condición política.

Aunque la entrada de libros en la Isla había sido astutamente vigilada desde los tiempos de la colonización nuestros sedientos bibliófilos de antaño se las averiguaron para burlar la censura con redoblada astucia.

Con el fin de conservar la paz pública y "proteger la pureza de la religión" de las herejías de los enciclopedistas y los agitadores literarios de la Revolución francesa, se puso en vigor un real decreto que regulaba la introducción de libros. Sin embargo, la frecuencia con que éstos se filtraban a través de la cortina de piedra del siglo XVIII y el gusto con que los escritores dentro de la cortina buscaban secretos acuerdos con los clásicos en asuntos relativos a la libertad de pensamiento, prueba que el afán por la lectura crecía a pesar de todos los obstáculos. En 1838, un vecino de San Juan tradujo del griego las *Odas* de Anacreonte. En ese tiempo el catálogo de una librería de la ciudad enumeraba muchos de los clásicos españoles, franceses e ingleses. Hace más de tres cuartos de siglo que se vendían aquí a 12 ½ centavos cada una de las ediciones de bolsillo de obras fundamentales como los *Diálogos* de Platón, el *Novum Organum* de Bacon y la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte. La *Biblioteca Clásica Española* se ofrecía a medio peso el tomo. Una clara prueba de la influencia entonces de las letras francesas se induce del hecho de que de un total de 863 obras en el inventario de una librería de San Juan, 185 eran traducciones del francés. Otros autores extranjeros — Kant, Washington Irving y Amicis entre ellos — estaban allí. Durante el primer cuarto del siglo, la *Sociedad de Amigos del País* comenzó a coleccionar libros para formar una biblioteca. Antes de 1850 existían en el país varias bibliotecas privadas de alguna importancia. El Ateneo y el Colegio de Abogados habían impreso cerca de 200 páginas en sus respectivos catálogos de sus bibliotecas. Donativos en especie sumaron más de 500 volúmenes unos cuantos días después de iniciarse la campaña a favor de la Biblioteca Municipal de la Capital. Poco tiempo después de la invasión americana las bibliotecas de cinco típicas instituciones españolas de la Isla se unieron para formar la Biblioteca Insular de Puerto Rico.

Unas cuantas entidades culturales desplegaron considerable actividad durante el siglo pasado. La Real Sociedad Económica de Amigos del País,

fundada en la centuria anterior por Carlos III, el más progresista de los monarcas españoles, luchó entre otros fines, por mejorar la instrucción pública. Combatió el analfabetismo, costeó varias cátedras aisladas de artes y ciencias, condujo certámenes literarios, suministró equipo escolar a sus agencias docentes y realizó numerosos proyectos de valor práctico para la agronomía, selvicultura, minería, crianza de ganado, industria azucarera y asociaciones de ahorro. Favoreció así mismo la explotación de nuestros recursos naturales por colonos extranjeros que fueron finalmente admitidos en el país después de la reforma de 1812.

El Ateneo Puertorriqueño le seguía muy de cerca en importancia. Ayudó a fortalecer ciertos nexos culturales aunando las gentes de ambos sexos en el conocimiento y aprecio de las bellas artes y las ciencias, premiando a sus cultivadores e induciendo respeto a las autoridades morales e intelectuales del país. Costeó la enseñanza de diversas materias en su propio domicilio y publicó los trabajos de los académicos del país y las biografías de puertorriqueños notables. En los 80 dió a la estampa la primera bibliografía puertorriqueña, revelando con ello que la crítica sentía ya la conveniencia de reunir el haber propio de su peculiar inquietud.

Un inventario de los libros impresos en la Isla desde 1808 a 1898 pone de manifiesto que sólo en la Capital se publicaron 870 unidades, tales como volúmenes grandes y pequeños, incluyendo folletos relativos a las clasificaciones siguientes:

Publicaciones oficiales

Manuales, libros de texto y otros escritos didácticos

Ensayos sociológicos, políticos y económicos

Ensayos literarios, crítica, biografías

Poesía, drama, comedia

Novelas, cuentos, sátiras, folklore

Ciencia, 15 de cuyos títulos se refieren a los resultados de investigaciones originales.

Alrededor del 60% de todos los impresos consistía de escritos de índole puramente literaria, correspondiendo a la poesía el primer lugar en cuanto a cantidad durante todo este período.

Las conclusiones inferibles de este pequeño análisis de nuestro proceso cultural no justificarían la afirmación de que éste sería tenido por notable si dicho proceso perteneciera a un pueblo adelantado y soberano de comparable antigüedad, área y población. Cuando menos se le calificaría de impresionante. Nuestro caso debería ser considerado a la luz de condiciones enteramente distintas. Aún estimándolo como modesto en calidad y cantidad nuestros esfuerzos culturales revelan un claro reflejo del espíritu individualista hispánico. El minúsculo, pobrísimo Puerto Rico de hace doscientos años era, como lo es hoy, más pequeño en extensión territorial que el Parque Nacional de Yellowstone, en los Estados Unidos, conteniendo entonces apenas, la población de una ciudad de mediano tamaño en nuestros días. A pesar de su pequeñez, Puerto Rico supo combatir hasta el fin de la

dominación española, casi sin acudir a la violencia, las tradicionales restricciones del régimen. De cuando en cuando dejábase oír la voz de la conciencia de este pueblo en el corazón de la Metrópolis con acentos altivos y mordaces. Combatíase la injusticia con las armas de la paz, la petición, la alegación, el argumento, únicos recursos que ponían al alcance de sus manos las arcaicas realidades históricas de la colonia. Tales las únicas armas que era físicamente posible esgrimir como quedó demostrado por el fracaso total de la insurrección de 1868, que habiendo durado sólo doce horas, había costado a su paladín doce años de preparación. El singular complejo político-religioso que había funcionado en la Isla durante 360 años a la sombra de una frondosa casuística medioeval, adecuadamente sostenida por el cañón había finalmente dado origen a una peculiar psicología colectiva, hecha evidente por una especie de conformidad subconsciente con la suerte del pueblo.

Sin embargo, cuando se trataba de sobreponerse a la apatía oficial hacia el adelanto de la instrucción pública, los colonos sabían hacerlo con celo apasionado, aunque sagazmente disimulado. Grupos de febriles entusiastas organizaban sociedades patrióticas para fomentar la enseñanza pública; pedían de puerta en puerta, esforzándose por mantener sus improvisadas academias de estudios superiores o por sostener en el extranjero unos cuantos jóvenes estudiosos; actuaban con astucia, a menudo secretamente, disimulando con gran cuidado toda señal de hostilidad hacia el orden establecido; ofrecían sus servicios como maestros gratuitos para su escuela nocturna y compartían sus flacos ingresos con los que recaudaban fondos para amueblar el salón de clases.

Descaminados por mano de los censores y jueces, el objetivo de los intelectuales empezó a asomarse gradualmente en los horizontes del intervenido campo de la discusión política, inocente y académica en apariencia y de la literatura de entretenimiento. Los periódicos estaban llenos de efusiones sentimentales acerca del amor, la virtud y la belleza, especialmente la femenina; descripciones de la naturaleza, de las costumbres criollas y de ciertos tipos sociales; recuerdos personales a menudo esmaltados con repentinos giros poéticos, elogios de las glorias del terruño y de la Madre Patria. Los poetas se refugiaron en el lirismo—algunas veces cuando era expresado en verso, solía aquilatarse como de alta pureza por los sabios de la misma España— otras veces, plasmado en prosa, transcendía en alas del apaluso a remotos rincones del mundo latino. De esta laya fueron también los primeros esfuerzos de unos pocos ensayistas, novelistas e historiadores. Los intentos malogrados de los demás se refugiaban en el comentario comprensivo acerca de las tranquilas victorias ganadas por las clases mejores en el viejo lar: el hogar perfecto, el profundamente arraigado sentimiento religioso y otros temas afines, ricos en la alabanza de las virtudes sencillas.

“Dones negativos”, dirán los materialistas gesticulando despreciativamente. Pero el sociólogo interesado en el estudio de nuestro pueblo atinará a ver en ellos su verdadero valor para perpetuar nuestra personalidad.

Sonriendo para sí, dirá el conocedor de estas complejidades del medio antillano:

“¿Por que han de ser dones negativos?” — Bien bella y generosa era nuestra Isla, maravillosa corona que remata el más alto picacho de la cordillera submarina en este lado del mundo, si se la mide desde el fondo del Atlántico. Nacida del abismo, chorreando verde intenso, cargada de fecundidad irradiaba un luminoso encanto. En los viejos días de su virginal fertilidad ciertas semillas arrojadas al surco devolvían ochenta veces su peso al segador. Naturalmente, el segador no veía la necesidad de seguir laborando a prisa. Sin temor alguno los colonos se desparramaron por la Isla, cuyos escondrijos jamás habían sido husmeados por bestias feroces ni culebras venenosas; construyeron chozas sin puertas ni ventanas, talaron jirones del bosque circundante, dejaron caer una cuantas semillas entre las cenizas de los árboles quemados, y volviendo a sus endeble *bohíos*, trepábanse a sus hamacas, mascando su tabaco hecho en la casa, a esperar que Natura se dedicara a sus primitivos quehaceres hasta que el fruto madurara. Si aficionados a la crianza de animales, bastábales a los primeros colonos tomar una pareja de bestias de la misma especie, marcarlos con un hierro candente y soltarlos en algún matorral. La Isla era tan endiablada-mente seductora en su peculiar manera de tentar las gentes a vivir y dejar hacer como cada cual quisiera y a buscar reposo en la contemplación estática, que hasta los dos terrores genuinamente españoles de la época, la Inquisición y las corridas de toros, perdieron su fiero impulso con el soplar acariciante de la brisa de nuestras playas.

Aquí los desequilibrados inquisidores pactaron, sabe Dios con cuales ángeles buenos, conviniendo que fingirían no tener yesca ni pedernal para que no se pudiera condenar más a la hoguera. En cuanto a los toros, se amansaban en la plaza como por magia, volviéndose sin ánimo al trote hacia el portón de salida como si de pronto les hubiera asaltado la convicción de lo fútil que era dar su tiempo a embestidas y cornadas.

Pero no se amortiguaba el espíritu de la libertad cuando prendía idealismos en el pecho de meritorios isleños: dió a Bolívar en la persona del general Valero un promiente auxiliar en su epopeya de los Andes; obsequió a Cuba, nuestra isla hermana, con el valeroso general Rius Rivera y otros valiosos oficiales de su Ejército Revolucionario; inspiró a del Valle en Okinawa y una legión de combatientes puertorriqueños en la lucha por la democracia.

En el campo de la acción pacífica, Puerto Rico ha sido y es afortunado al contar con representantes en algunos de los mayores centros culturales del mundo: Ferrer, en el teatro anglosajón; Sanromá, en la sala de conciertos sinfónicos de Boston; Pizá y Picó, respectivamente, en los círculos internacionales de investigación matemática y geográfica. Veintenas de puertorriqueños están afiliados a algunas de las más respetables asociaciones profesionales en los Estados Unidos y en el extranjero. Casi repre-

sentando la Isla en el presente y el pasado, Casals, el músico y Louis Agassiz Fuertes, naturalista y pintor, son bien conocidos de los amantes de la cultura en más de un continente.

\* \* \*

Todos recordamos como Puerto Rico se convirtió en una posesión de los Estados Unidos en 1898. Para empezar ensayóse una especie de tutoría paternalista y supervigilancia de los asuntos de la Isla. Casi puede decirse que la fase experimental del ensayo colonialista en la Isla empezó por la cesión de ciertos ingresos federales para reformar y expandir nuestro sistema de instrucción pública. Que estábamos culturalmente preparados para brindar una completa cooperación a esos planes, quedó demostrado por el hecho de que nuestra Legislatura los apoyó decidida e invariablemente desde el principio hasta el fin de la era tutelar.

Mientras tanto las garantías constitucionales y otros recursos fundamentales se hicieron extensivos en la práctica a nuestro país. No se registraron entrometimientos oficiosos en materia de fe, hábitos y costumbres, las tradiciones y las tres culturas (con la excepción de la reforma de nuestros sistemas de enseñanza pública y de lo judicial, lográndose inyectar en éste unos cuantos preceptos de la ley inglesa). Un largo intento de enseñar a nuestros niños en inglés fué desechado por creerse que no estaba de acuerdo con ciertos modernos requisitos pedagógicos. No se intervino en la propaganda de nuestras aspiraciones políticas de largo alcance, con tal que aquélla no perturbara el funcionamiento del gobierno establecido. Echamos de menos la frecuente preocupación en asuntos de moral individual privada que se reflejaba en las disposiciones orientadoras del viejo régimen.

Habiéndonos abierto de par en par la puerta de las oportunidades de mejoramiento individual y social, tanto en la Isla como en el Continente, el pueblo se entregó pacíficamente a las tareas corrientes de la vida.

Dícese que en el lapso de cincuenta años, millares de pequeñas fortunas han sido hechos en ambas partes y sólo en la Isla, unos cincuenta millonarios, preponderantemente de la clase que posee un sólo millón, más o menos. El progreso material ha sido principalmente posible, desde los días de la Primera Guerra Mundial gracias a la constante y generosa ayuda, técnica y financiera, prestada por el Gobierno Federal. Bastante más de un mil millones de dólares han contribuido a la hazaña de progreso realizada por nuestra puequeña Isla en los últimos quince años. A muchos la Isla ha parecido inadecuada para llevar a cabo sus ansias de prosperidad. Desde el año 1900, más de medio millón de puertorriqueños han emigrado a los Estados Unidos. Ya está en proceso de formación una generación de estadounidenses de origen puertorriqueño. Pero estamos más esperanzados de las generaciones de nativos de Puerto Rico que continúan viviendo en la Isla. Su adaptación a las instituciones americanas políticas y sociales, parece ser más efectiva que en el caso de aquellos que se establecieron en el Continente.

Allá nuestras gentes viven por lo general apiñados en apretados grupos de habla castellana, como si estuvieran enquistados en aquella sociedad, como si se sintieran moralmente sostenidos por las influencias tradicionales de la antigua cultura.

En vez de desarrollar una tonta indiferencia y hasta cierta hostilidad taimada al nuevo ambiente, como el caso de muchos individuos pertenecientes a los grupos enquistados en la Nación, los nativos que vivimos en la Isla hemos absorbido enteramente por nuestra propia voluntad, como si se tratara de un caso de aculturación, los modos de vida, tendencias, gustos e ideales estadounidenses. Sin pronunciar los recién llegados del Norte una sola palabra sugestiva, ni levantar un dedo, nuestros niños hace tiempo se han hecho afectuosos amigos de Santa Claus, por cierto, un desconcertante forastero, salpicado de nieve, cuando se le ve en los trópicos; nuestros niños se desean entre sí feliz cumpleaños entonando una cantinela en inglés chapurreado, se visten con sumo gusto los trajes de Hopalong Cassidy o de Davy Crockett, juegan "base-ball" en cualquier solar vacante y muestran tan agudo interés en toda clase de maquinarias como cualquier zagalejo del interior de los Estados Unidos; algo se rumora ya de los narcóticos y la delincuencia juvenil entre la "muchitanga" de la Capital. En cuanto a los mayores, bien sabemos que respetan la ley, las opiniones y los derechos de los demás; gustan en demasía de la velocidad, hacer dinero y de las ventas a plazo; abogan por el divorcio, el recurso de *habeas corpus* y la democracia. No creemos a toda costa, en el formalismo oficial o privado. Sin la menor duda ya preferimos la vida agitada a la vida sencilla, la prisa y la excitación a la tranquilidad y el examen de conciencia; si nuestro índice de la complejidad de la vida era 10 en el 98, ahora es 80; preferimos ahora el "high-ball" a la champaña, los fines de semana en el campo a dormir en el balcón de la casa. Sin gran resentimiento hemos sido testigos del alza de los jornales. Esto ha contribuido a despojarnos del tradicional servicio doméstico, pero hemos hecho frente a la situación proveyendo nuestras casas de máquinas eléctricas que economizan trabajo a nuestras esposas. Consideramos perdidas para siempre ciertas cosas pasadas de moda tales como el amor romántico, la oratoria pomposa, el visiteo sin aviso, el encierro prolongado en señal de luto; el vocabulario selecto que se afectaba para hablar con nuestros iguales del sexo opuesto. Hemos tirado al desván nuestros sombreros de copa, nuestros chalecos y bastones. Ponemos ahora peso en el cepillo de la Misa dominical con dólares en vez de ochavos. Nuestros profesionales sonríen abiertamente al entrever la ocasión de lograr de una lucrativa práctica privada; a menudo fruncen el ceño cuando se les ofrece un cargo público. Varias sectas protestantes hacen prosélitos con relativo buen éxito. El Y.M.C.A. para ambos sexos está floreciente, tanto como las filiales o capítulos puertorriqueños de un número considerable de clubes y asociaciones originadas en los Estados Unidos para fines patrióticos cívicos, benéficos, políticos y recreativos, pero no hemos oído decir palabra acerca de el *Mystic Shrine* y los *Knights*

*Templars.* Tenemos una sinagoga en la Avenida Ponce de León, un recuerdo a la memoria de una victoria del catolicismo. Nuestras mujeres, habiendo entrado en competencia con los hombres en el campo de las ocupaciones remuneradas, han perdido algo de la delicadeza de maneras que los hombres de antaño concedían a la femineidad suplicante de un tiempo. Para la mayor parte de nosotros el automóvil no es un medio para llegar a un fin; es el fin mismo, devotamente deseado. Subimos ahora a la tribuna eleccionaria con novel delicia, descartando el tono lírico por la oratoria fieramente crítica o acusadora. El puertorriqueño de nuevo modelo empieza a tocar a la puerta del siquiatra para decirle de ciertos torcidos caprichitos y pequeñas rarezas que comienzan a perturbarlo. Mucho de lo que antes atesorábamos como cosa exclusiva del mundo de los afectos, lo referimos ahora al mundo de la medicina. La danza, un eco melodioso de la insular languidez, ha sido relegada a un papel de estimulante político. Mientras oímos con éxtasis la música electrónica, el piano de la familia se apolilla en una esquina de la sala; la revista americana de bolsillo y el cuento policíaco aparecen ahora en el sitio donde Séneca, César y Cervantes cayeron en olvido. ¿Y la Filosofía y la Poesía? — Ah, la poesía — los pobres antepasados nuestros...

Concienzudamente aborrecemos las dictaduras, la tiranía y el comunismo. A pesar de que el avión, y el teléfono internacional casi han hecho de nosotros meros vecinos de un suburbio de Nueva York, algunos de nuestros más agresivos hombres de negocio y muchos de los más listos obreros estacionales están a punto de convertirse en verdaderos "commuters", es decir, personas que diariamente trabajan en una ciudad y tienen sus hogares en otra.

Todo lo dicho anteriormente sirve para hacer evidente que nos hemos americanizado espontánea y completamente, aunque un sociólogo dijera que el genio y espíritu de nuestro pueblo, tal como se revela en el diario vivir, sólo ha sido ligeramente afectado por el cambio de soberanía. Al llegar a este punto no podemos dejar de preguntar a nuestros críticos: ¿es esta asombrosa capacidad de americanización puesta de manifiesto por nuestro pueblo en el curso de cincuenta años prueba de la existencia en Puerto Rico de una precisa cultura colectiva o de una precisa ignorancia colectiva? Sírvanse contestar.

En el primer caso, tal capacidad de nuestra parte debe necesariamente significar que estamos de acuerdo con el pueblo americano en la certeza de que su propio modo de vivir y su propia filosofía de la vida guían hacia la felicidad nacional; la clase de felicidad concebida por los autores de la Constitución, cuyos nobles componentes — igualdad, justicia y libertad — han dado vida, en menos de dos siglos de prueba, a una nación saludable, rica, feliz y poderosa.

En cuanto a Puerto Rico, obtenido el consentimiento del Congreso de los Estados Unidos y el de nuestra mayoría electoral, nos hemos resuelto a vivir en una estrecha asociación político-económica con los Estados

Unidos. El mundo se ha comprometido definitivamente a la total liquidación del sistema colonial, ese recordatorio de la Era de la Conquista cuya sola mención levanta ampollas en la piel de los hombres libres.

Las naciones y pueblos de distintas culturas y razas están empeñados en encontrar fórmulas de convivencia de mucho mayor alcance en el campo espiritual que los pactos y tratados de la vieja diplomacia, ya condenada a caer en desuso. Fórmulas que nos están orientando hacia la concepción de un nuevo tipo de lazos político-económicos.

Nuevos modelos de convenios internacionales están siendo meditados en el mundo, inclinados hacia la creación de parentesco político entre pueblos de razas distintas, para satisfacer el deseo de asociarse agitado en nuestros días por un providencial debilitamiento de los prejuicios de raza y del orgullo y el sentido de superioridad nacionales; por las facilidades ofrecidas por las perfeccionadas comunicaciones aéreas y electrónicas; por la lucha para lograr mercados extranjeros, especialmente en las áreas atrasadas y las recién libertadas; por la tendencia a ceder al encanto de la contagiosa tarea de ensalzar la libertad, la justicia, la igualdad, así como los fines inmediatos de la vida civilizadora. Todos estos hechos, aspiraciones y conceptos ganan actualidad y eficacia gracias al progreso de la ilustración de los pueblos.

Los Estados Unidos y Puerto Rico han convertido sus anteriores relaciones coloniales en una de *parentesco político*, pues el grosero dogma del imperialismo arcaico, "poseer para explotar", ha perdido por completo el prestigio de que disfrutaba cuando podía imponerse, eficientemente y sin riesgo para sus defensores, a través de la acción militar, cuyos peligros corporales sólo recaían abrumadoramente sobre los combatientes en los lejanos campos de batalla de mar y tierra. Un siglo más astuto que se ha distinguido por el despliegue de un sentido práctico amasado en el dolor, sostiene generosamente, como si hablara desde la tribuna de la Democracia: "Compartir a fin de ser útil".

Este arreglo, fundado en la anterior disposición de comercio libre, es mutuamente beneficioso, el país más fuerte reteniendo así un cliente permanente, uno que efectivamente contribuye a la riqueza nacional pagando a su pueblo las ganancias naturales procedentes de un viejo comercio privilegiado (en relación con el comercio de otras naciones con los Estados Unidos). El país más débil lucrándose también, quizás en mayor medida, teniendo a su disposición uno de los mejores mercados de compra en el mundo.

De este modo dos pueblos de distintas razas y de distinta tradición histórica viven en paz, animados por una recíproca buena voluntad, lealtad y comprensión, unidos por mutuos intereses políticos y materiales; cada uno señor de sus asuntos internos, cada uno conservando su idioma y sen-

timiento mutuamente respetuosos de las características espirituales de sus respectivas culturas; cada uno resuelto a hacer por el bien del otro todo cuanto no fuera en detrimento de sí mismo.

Al concertar ese plan de vida con los Estados Unidos, concebido por su Congreso como un convenio, Puerto Rico ha ejercitado aquella medida de su capacidad legal hecha posible por la madurez de su personalidad y su bien definida cultura. El convenio pone en nuestras manos la oportunidad de laborar por el logro de nuestra felicidad y el más completo desenvolvimiento político que nosotros y la tradición americana puedan proyectar.







**EDITORIAL DEL DEPARTAMENTO DE INSTRUCCION PUBLICA  
ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO**

**1957**

